

IX BIENAL ORLANDO
NACIONAL ARAUJO
DE LITERATURA
2024

Noche de ronda

EDGAR RUBIO MARCANO

NARRATIVA



Noche de ronda

XI Bienal Nacional
de Literatura
Orlando Araujo
Mención Narrativa Breve
GANADOR 2024

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Noche de ronda

© Edgar Rubio Marcano

Edición y Corrección

Nagdy Guevara

Diseño y Diagramación

David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2025000311

ISBN 978-980-01-2478-9

Edgar Rubio Marcano

Noche de ronda

XI Bienal Nacional de Literatura
Orlando Araujo
Mención Narrativa Breve
VEREDICTO

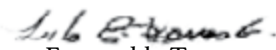
Nosotros, Jesús Ernesto Parra, Miguel Ángel Pérez Pirela y Esmeralda Torres, designados como miembros del jurado para la mención Narrativa Breve de la XI Bienal Nacional de Literatura Orlando Araujo, convocada por el Centro Nacional del libro, correspondiente al año 2024, después de haber leído los 94 manuscritos concursantes decidimos otorgar el premio a la obra titulada *Noche de ronda*, presentada con el seudónimo Carapaica. Al abrir la plica el autor resultó ser Edgar Rubio, titular de la cédula de identidad 9.385.833.

Este compilado de relatos está provisto de un ecosistema propio, recreando desde esta singular propuesta una atmósfera envolvente, sin socavar la autonomía de las piezas que lo componen. Estamos frente a una obra que se inscribe en la mejor tradición literaria latinoamericana, demostrando amplia maestría en el manejo de la teoría quiroguiana del relato. *Noche de ronda*, desde una notable poética de la crueldad y las «situaciones límites», destaca por una probidad en el uso del espacio redaccional y el lenguaje: una literatura diáfana, que no redunde en explicaciones, imágenes o adjetivos. Finalmente, destacamos en la obra un sorprendente uso del recurso de la trama y una bien lograda confección de los cierres dramáticos. A partir de este estilo, *Noche de ronda* abre una inusitada ventana a nuestra literatura, sin pretensiones ni tremendismos: únicamente con una literatura directa y poderosa.

Sin otro particular al que referirnos, suscribimos la presente acta:


Jesús Ernesto Parra


Miguel Ángel Pérez Pirela


Esmeralda Torres

A mis hijos, Edgar y Fabricio.

... ahora sabremos lo que valen realmente las palabras...

JOSÉ SARAMAGO

Ensayo sobre la ceguera

Noche de ronda

—Ya va a ocurrir —le dije a Marion.

Ella se despegó un poco de mí, tal vez por pudor. Unos días antes me atreví a contarle lo que ya yo había visto un par de veces desde aquel edificio abandonado. Fue un descubrimiento extraño y grandioso de un viernes por la noche, cuando me subí al tercer piso a practicar las fumadas con dos cigarrillos robados a mamá de su bolso. La idea era ir con Migue, pero me tocó ir solo porque no lo conseguí en su casa. Entonces encendí el primero y me senté tranquilamente a jalonearlo. Tomaba el humo y lo guardaba en la boca unos instantes para luego aspirarlo de una sola vez. Varias veces tosí como un tísico. Pero quería aprender. Me gustaba el olor del cigarrillo cuando mamá salía recién bañada por las tardes, con la cabeza fresca, y metía los plátanos maduros en el horno mientras arrojaba el humo. Era un olor íntimo y cálido, oscuro y sedante.

—Bueno, ¿va a pasar o no? —preguntó Marion.

Su pelo olía a champú de hierbas artificiales. Tenía unos ojos negros sardónicos, criminales, y un cabello indisciplinado y revuelto que le sentaba bien a su naturaleza conspirativa. Se parecía tanto a Leonora Carrington, coño, impura y sublime, incomprensiblemente bella en aquella única foto que había visto en la biblioteca pública el día que leí *La debutante* por primera vez. Yo estaba seguro de que pasaría, como los viernes anteriores. Le dije que sí, que tuviera paciencia. Pero me gustaba verla así, intranquila; con la ansiedad se ponía inquieta y malcriada, me daba esos pellizcos tan salvajes y gustosos en el brazo, yo me

reía como si no me dolieran y ella me llamaba bobo con un dulce tono infantil, poniendo los labios como la boca de un pez que succiona miguitas de pan, y luego me tocaba consentirla y mimarla para que no se me fuera a poner arrecha.

—Ya viene, loquita —le dije.

Era el mes de agosto de 1985. Las tórridas noches pasaban muy rápido, desesperadas, como en una carrera mortal contra el aburrimiento y el calor sofocante. Las vacaciones transcurrían sin prodigios ni angustias, se habían convertido en un estado neutro de sopor en el que flotábamos entumecidos y enajenados, esperando algo repentino y virginal en el prolongado ocio. Algunas cosas buenas ocurrieron aquel mes, a pesar de todo, como las escapadas al canal de riego que atravesaba los sembradíos de la universidad, donde una tarde casi se nos ahogó Camacho; o cuando las hermanas Villafañe se agarraron a uñadas por Marcelo en la cancha de básquet; o la llegada del circo italiano con aquellas hermosas contorsionistas y trapecistas semidesnudas que resultaron ser colombianas. También pasó aquello de los quince años de Marisol, la menor de las García, un suceso cantado y previsible porque era mucha gente, entre invitados y coleados, en un apartamento tan pequeño; después de muchos rones de mala muerte, del accidentado vals y la torta que nadie probó, aquello se convirtió en un verdadero coge culo de metidas de mano, botellas voladoras, coñazos y cachos de película. Estuvo bueno, pero nada de eso se comparaba con lo que estaba a punto de mostrarle a Marion.

No se lo había contado a más nadie. La construcción abandonada era un edificio de tres plantas, seguramente un lavado que se quedó en obra negra y con el tiempo

se convirtió en meadero de borrachos y fumones. Las escaleras sin pasamanos me llevaron al tercer piso, desde allí podían verse las ventanas del edificio A4 a una distancia aceptable. Con esto de aceptable quiero decir que, aunque no estaban tan próximas, se distinguían claramente los movimientos de las personas. El calor obligaba a mantener abiertas las romanillas de las ventanas donde no había aire acondicionado, en esos años no todos lo tenían. Me acomodé frente a uno de los boquetes y encendí mi primer cigarrillo robado. De vez en cuando llegaba una brevísima ráfaga de viento refrescante, un verdadero placer que se sumaba al otro, al de la contemplación del cielo nocturno y el humo del tabaco. A esa hora comenzaban a encenderse las luces de las habitaciones en los apartamentos. La forma aleatoria y desigual en que ocurría me hizo pensar en la cotidianidad de cada familia, a qué hora cenaban y a qué hora se iban a los cuartos a ver televisión, si es que tenían TV en las habitaciones o todos se reunían en la sala —era la hora de la telenovela—, cada grupo tan diferente y a la vez con las mismas costumbres. Me entretuve intentando adivinar qué luz sería la próxima en encenderse, y fue cuando, sin haber adivinado, se iluminó una de las habitaciones del primer piso. Entonces lo vi caminar lentamente desde el interruptor hasta el borde de la cama individual, alisarse el escaso cabello y quitarse la camisa. Era un hombre alto y flaco, de unos cuarenta y tantos años, así lo creí desde donde yo estaba. Todavía de pie se descalzó. No había nada de extraordinario en todo aquello y mi vista se fue a buscar otras ventanas alumbradas. Una señora entraba y salía con una cesta de ropa; unos niños saltaban alegres en la parte baja de una litera, algo que al parecer siempre

hacían porque calculaban bien los brincos para no chocar con la pieza de arriba. De pronto pasé de ser un contemplador pasivo a uno más entusiasta, a uno que espera detener su mirada en algo poderoso, como una mujer que se desviste para darse un baño y que tal vez baila mientras se va quitando las prendas. Pero no había ninguna mujer así, ningún baile, ninguna señal de que fuera posible. Comenzaba a parecerme aburrida toda aquella improvisación de voyerismo, cuando volví mi vista al hombre de poco pelo. Ahora estaba acostado en la cama y hojeaba una revista. No la leía, simplemente pasaba las páginas con paciencia, a veces se devolvía a la anterior, se detenía y continuaba examinándola. Era una revista porno, lo deduje porque el hombre comenzó a desabrocharse el pantalón y a bajarlo hasta un poco más abajo de las rodillas, para lo cual tuvo que semisentarse ligeramente. Luego volvió a acostarse. Ya mi interés estaba atrapado allí, nada me iba a hacer redirigirlo. Instintivamente miré hacia la puerta de la habitación. Estaba cerrada, era evidente que no vivía solo. Comenzó a tocarse el miembro por encima del interior, un calzoncillo oscuro que era lo más visible de toda la escena; era diestro, usaba la mano derecha y con la otra sostenía la revista doblada en la imagen escogida, una foto imperceptible desde esa distancia; después, sin bajarse la prenda, metió la mano en la tela negra, una estrategia que le habría dado unos segundos valiosos si de pronto alguien tocaba o intentaba entrar. Todo duró unos pocos minutos, dos o tres, muy rápido. Una vez terminado, se sentó en el borde de la cama con los pantalones todavía abajo; desdobló la revista, abrió la gaveta de la mesita de noche y la guardó allí cuidadosamente.

Los días siguientes fueron increíbles. Fui al balneario con Migue y dos amigas nuevas que él había conocido. Fue una tarde dominical estupenda y quedamos en repetirla. Pero no podía sacarme lo que había visto. Temía encontrarme en algún momento con aquel hombre en la parada del autobús o en la placita de la urbanización. No habría sido difícil cruzarme con él ni reconocer al primer vistazo la figura larga y seca de su cuerpo, sobre todo su cabeza redonda de escaso cabello, y cuando digo escaso realmente significa eso, una corona brillante lamida por unas pocas hebras muy lisas. No era un miedo razonable si se toma en cuenta que él nunca me vio ni se imaginaba remotamente que yo sí lo observé todo. Muchas veces los miedos no son tan precisos, muchas veces no sabemos a qué le tememos o por qué tememos. En ese momento yo tampoco lo sabía. Tal vez era la culpa por habervulnerado su privacidad; tenerlo cerca, a unos metros de distancia y verme obligado a mirarlo por algún motivo era un pensamiento que me agobiaba. Pienso ahora —porque no recuerdo lo que había en mi mente entonces— que tal vez era eso, que pude haberme creído el falso poder de saber su secreto y aun así sentirme culpable. Pero aquel juicio no me detuvo. El siguiente viernes volví al edificio abandonado y todo ocurrió del mismo modo, los cigarrillos, el hombre encendiendo la luz, acostándose, abriendo la gaveta de la mesita de noche y sacando la revista, bajándose el pantalón y terminando en unos pocos minutos.

Fue entonces cuando se lo conté con detalle a Marion, algo de lo que me arrepentí después. Tal vez las cosas entre ambos habrían sido distintas, es imposible saberlo, tan imposible como asegurar si sigo arrepentido, no sé si el arrepentimiento dure tanto.

—Ahí está —le dije a Marion.

Ella tiró la colilla y exhaló el humo con violencia.

—¿Es él? —preguntó.

—Es él.

—Sé quién es, lo conozco.

—¿Lo conoces o sabes quién es?

—Lo he visto.

—Mira, ahora va a acostarse.

El boquete era estrecho, apenas podíamos mirar los dos a la vez. Marion se echó un poco hacia atrás y su espalda quedó ligeramente apoyada en mi pecho. Sin dejar de mirar por el boquete, me tomó fuertemente de una trabilla del pantalón —lo primero que encontró para agarrarse de algo—, como si lo que estaba a punto de ver pudiera hacerla tambalear. El hombre en la habitación en efecto se había acostado como siempre, esta vez sin haberse quitado la camisa, y comenzaba a desabrocharse el pantalón. Marion estaba inquieta y se aferraba más a mí, a la trabilla.

—De verdad voy a ver esta vaina —dijo.

Entonces me di cuenta de que mi afán de querer estar con ella tal vez había llegado muy lejos, quizá fue el único momento en que dudé, pero ya era tarde para tener dudas, de todas formas, quién iba a imaginar que iba a ser demasiado para ella, que aquello marcaría su vida y también la vida que pudimos llevar juntos. Así que fue una duda muy pasajera. Lo pensé justamente allí, en ese momento, cuando el hombre, sin haber terminado de bajarse el pantalón, abrió la gaveta y esta vez no sacó la revista de los viernes, sino un arma, una pistola que puso directamente en su cabeza y que accionó sin dar tiempo a más nada, ni siquiera a que Marion girara o cerrara los ojos, que sí cerró después, cuando ya había

visto y escuchado el estallido plano, sin eco, que la hizo gritar y voltearse hacia mí, ya sin notar cómo el cuerpo se hundía y cómo algunos curiosos comenzaban a asomarse a las ventanas.

Después del vals

Sigo sin saber lo que ocurrió hace unos días en los quince años de Vero. Cada vez que pregunto se me quitan más las ganas de saber, mamá dice que no voy a entenderlo y que me olvide de todo, tal vez sea verdad, tal vez lo mejor es que pase la página y ya, sigo con mi vida y punto. No quiere decir que sea fácil, para nada. Sobre todo porque está todo tan reciente, tan fresco en mi cabeza que cada vez que intento pensar en cualquier cosa normal, los recuerdos se me vienen como en una avalancha. Iba a ser una gran fiesta y mi hermana estaba feliz, como seguramente yo lo estaré dentro de unos nueve años. La Vero se veía hermosa con su vestido, un vestido azul brillante que ella misma escogió en una tienda en línea y que le quedaba mejor que a la modelo, porque mi hermana es delgada, tiene una figura sensacional, igual que mamá cuando era más joven. Yo ahora no estoy tan flaca, un poquito pasada solamente, pero eso no me preocupa, tengo un ombligo muy fino, cuando crezca seré como ellas, es lo que más quiero.

20

La fiesta fue en casa. Eso estuvo genial, no me gusta ir a fiestas en clubes o en otras casas, siempre termino durmiendo en una cama con un montón de niños extraños, y a veces también se echa algún adulto, por lo general un gordo que ronca durísimo. Lo malo fue que no me puse lo que yo quería ponerme, prácticamente me obligaron a usar un vestido blanco que a todos les gustó mucho, sobre todo a papá, y a mí me pareció de lo último, me llegaba hasta las rodillas y cada vez que daba un brinco se me levantaba mucho y se me veía todo,

tenía que estar tapándome a cada rato, un verdadero fastidio, hasta que después ya no me importó más, eso fue solo al principio. También al principio hubo algunos contratiempos, parece que la torta no estaba lista y las flores no eran del color que mamá encargó, ella pidió rosas rosadas y las que estaban eran moradas, yo nunca había visto rosas moradas, tal vez las pintaron así. Mamá estaba molesta, la vi caminar en todas direcciones, todavía sin vestir, aunque ya todos andábamos bañados y vestidos. Comenzaron a llegar las personas de la decoración y la música, papá hablaba con ellos y se reía, pero mamá seguía con su angustia. Parece que esas cosas siempre ocurren y después, con el tiempo, las personas hacen chistes de eso. Más tarde todo comenzó a estar bien, ya saben, el *candy bar*, la mesa de quesos, el brinca brinca que llevaron para los niños, el baile y todo eso.

Pero poco después del vals vi a mamá y a papá discutiendo en la cocina. Fui a buscar agua, tenía sed, y como siempre pasa, en las fiestas hay muchas bebidas y refrescos, pero nunca ponen agua, así que fui a la nevera y los vi. Al principio me detuve, tengo claro eso de no interrumpir a los adultos, pero luego me moví un poco para que no me vieran. Mamá lloraba, era un tipo de llanto diferente a los que le había visto. Lo más raro era que la tía Venecia también estaba allí, como si fuera parte de todo, apenas podía ver una parte de su rostro y de sus tacones. Eso no lo entendí y sigo sin entenderlo, por qué ella lloraba también, como mamá, y por qué mamá le arrojó dos canapés de atún a la cara, con lo que nos costó prepararlos. Papá decía algo, su voz era muy baja y los gritos de mamá no me dejaban escuchar, pero lo vi mover los labios con la cabeza mirando al piso, justamente donde estaban los canapés.

La mano le temblaba mucho, como siempre le pasa cuando está nervioso, y esa vez parecía más nervioso que de costumbre porque el temblor era demasiado. Nunca vi a mamá tan llena de rabia, una rabia con lágrimas, una rabia con tristeza que era más contra la tía Venecia que contra papá, lo sé porque le dijo varias veces puta, unas tres veces por lo menos, y la última vez que lo dijo giró la cabeza, como temiendo que alguien la hubiera escuchado, y ese alguien por desgracia fui yo, descubierta en el acto. Me mandó a salir, creo que papá también, pero él lo dijo con más ternura.

Ya no quería seguir jugando. A pesar de no entender nada, sentí mucha tristeza. Sé que algunos padres se pelean y dejan de estar juntos, tengo dos amigas que viven solamente con su mamá, es espantoso, no quería eso para mí ni para Vero, tener que ver a papá un rato nada más. Salí con una barra de turrón y me senté en el frente de la casa, lejos del ruido y del baile. Se me quitaron las ganas de todo, no soportaba el ridículo vestido ni lo que estaba ocurriendo en la cocina. Creo que estaba a punto de llorar cuando vi llegar a otro invitado, un señor que se bajó de una camioneta blanca y traía una caja de regalo, seguramente para Vero. Aquel hombre vestía muy bien, mejor que papá, también era más joven que él y más alto. «¿Cómo te llamas, niña?», me preguntó. Le dije mi nombre, ya había empezado mi turrón y tenía la boca llena, mamá siempre me regaña por hablar con la boca llena, pero me dio vergüenza no responder rápido y preferí hacerlo con media golosina dentro, y como de verdad no me salió bien, él volvió a preguntar, ¿cómo, Sofía? Entonces sí tragué y volví a decirlo bien, no, Lucía. Eso le causó mucha risa. Dijo que mi vestido era bonito, que me quedaba muy bien,

y fue la única persona a quien le creí. Mamá me había dicho que no hablara con gente desconocida, pero aquel señor no me pareció extraño, incluso creo haberlo visto antes. Fue muy amable, me preguntó por qué estaba tan sola y por qué tenía esa cara de tristeza, y yo le conté lo que vi y escuché en la cocina. Incluso le dije que papá tenía muchos nervios, que cuando eso ocurría la mano le temblaba mucho. Él se quedó callado un momento y le pregunté si ellos iban a divorciarse. Los adultos son muy complicados, dijo, es mejor no saber nada de sus problemas, al final terminan resolviéndolo todo, ya lo verás, todo saldrá bien y a tu papá se le quitarán esos nervios. Eso me gustó mucho, saber que no iba a pasar nada, que no tendría que vivir como mis dos amigas. Me sentí bien con aquel señor que me hablaba como a una persona grande, a diferencia de mamá, que cree que no entiendo nada y no merezco explicaciones, o de papá, que casi no dice nada nunca. Por si acaso, por si no he sido muy clara, él me pasó la mano por la cabeza y me dijo que ya no estuviera triste, que los niños siempre deben sonreír, que a él le gustaba ver a los niños felices. Me quedé viendo la caja de regalo. Es para tu hermana, pero también traje uno para ti, me dijo. No podía creerlo, no era mi cumpleaños. Le pregunté dónde estaba y él respondió que era muy grande y por eso tuvo que dejarlo en la camioneta, no podía cargar los dos, y que si quería lo acompañara a buscarlo. Por fin iba a pasar algo bueno aparte del *candy bar*. Me dio la mano, yo estaba muy impaciente, y en un santiamén ya estábamos afuera. Él abrió la puerta trasera y ahí estaba la gran caja, envuelta en un brillo rosado con un lazo rojo. Imaginé que podía caber cualquier cosa allí, incluso una bicicleta, me quedé paralizada, como en un sueño. Él me dijo

que subiera para hacerme una foto, y cuando ya estaba casi entrando vi las luces de un carro que venía a gran velocidad dando cornetazos, luego frenando de golpe, y al tío Jonás saliendo y pegando gritos, «¡Lucía, no te subas!». El señor me había soltado la mano sin darme cuenta, pero no lo miré a él, miraba a mi tío, que corría hacia mí como un loco, y cuando volteé la vista ya no vi más al invitado, creo que cerré los ojos y escuché el chillido de los cauchos cuando la camioneta arrancaba como un cohete, con mi regalo adentro.

Lo demás lo pueden contar los adultos. Todo el mundo salió, incluso el señor que manejaba el brinca brinca. Mamá llegó llorando a abrazarme, no sé si eran las mismas lágrimas de la cocina y de todo aquello con la tía Venecia o eran lágrimas nuevas.

Papá también me abrazó, y noté con curiosidad que la mano había dejado de temblarle, seguramente ya se le había quitado lo nervioso.

Perro amor

Para Yeya y Neneco

La primera noche que lo vio le pareció un perro callejero. No llevaba collar, estaba visiblemente hambriento, tal vez deshidratado, porque ese verano fue uno de los más intensos de Miramar. Era un perro grande, un mestizo de buena envergadura y patas imponentes. Esa noche ella le puso agua y comida, y luego el perro se fue. Cuando llegó su esposo le contó sobre aquel encuentro, pero ambos lo olvidaron rápidamente, como pasa con las cosas habituales. A la siguiente noche volvió a aparecer.

—Este perro no es callejero, debe tener dueño —le dijo al esposo.

La pareja, que vivía en una modesta residencia de la localidad, tenía dos cachorros recién adoptados de la calle. Ella los sacó para que se relacionaran con el invitado a través del enrejado del portón. Los dos cachorros intentaban jugar con el gigante, que se limitó a mirarlos con desgano mientras comía en silencio.

—¿Será mudo? —preguntó ella.

A pesar de la broma, el esposo respondió que no podía saberlo.

—Tal vez sí, un perro mudo —dijo él, como si estuviera filosofando—, o quizá es su personalidad, ¿de verdad hay perros mudos?, hay perros callados, introvertidos, sobre todo si son viejos, tal vez este lo sea, seguramente es un perro de pocas palabras.

Ella se atrevió a acariciar el lomo negro y luego la cabeza ancha de orejas caídas. Después de comer, el perro se marchó de nuevo. Ella lo vio alejarse por la vereda hasta que se perdió en una esquina.

La tercera noche regresó. Ella volvió a colocarle comida y agua. Esta vez él la miró directo a los ojos, y a ella le pareció que era una mirada atormentada, como un pozo de desolación.

—¡Qué mal hueles, chiquito! ¿Me dejas darte un baño? —le dijo.

El perro se quedó un rato más, pero no se dejó bañar.

—Huele terrible, Raquel. No lo acaricies —dijo el esposo, que acababa de ducharse y andaba por la casa sin camisa—. Este calor no es normal.

—Creo que los dueños lo abandonaron, seguramente se fueron del país, sabes que eso está ocurriendo, la gente se va y las mascotas quedan pasando roncha, tú lo sabes, ¿recuerdas el gran danés que apareció en el instituto?, ¿qué pasó por fin con él?

Al esposo todo eso le sonó a que ella quería quedarse con el perro.

—Ya tenemos dos, mi amor, es mucho gasto, este perro come como un caballo.

—Por lo menos quiero averiguarlo, si lo abandonaron, le buscamos un hogar, ¿no crees?

Ella siempre sacaba tiempo para atender a los perros de la calle, los alimentaba, los curaba, los ofrecía en adopción.

—¿Y cómo se supone que vas a averiguarlo? —dijo él.

—Lo seguimos cuando se vaya.

Él sabía que nada iba a hacerla desistir. Nunca le gustaron los perros ni los gatos, pero de verdad amaba a Raquel y había terminado apoyando sus obras animalistas. Entró a buscar una camisa para estar listo mientras ella preparaba una bolsa con comida, y cuando el perro emprendió su acostumbrado retorno, ambos se subieron al carro y comenzaron a seguirlo. Lo vieron

tomar la misma dirección de siempre, por la vereda ancha, y doblar en la esquina. Luego recorrió un largo trecho de calle, cualquiera de las casas en hilera podría ser la suya, pero el perro no se detenía en ninguna. Solo al final de la calle vieron cómo entraba, por la puerta de una escotilla, a una casa de dos pisos, la más grande que habían visto en Miramar.

Se estacionaron a unos metros de la vivienda y al acercarse vieron un letrero en inglés (*a house is not a home without a dog*) con el que ella se identificó de inmediato después de que él lo tradujera.

—Es una casa de ricos —dijo ella.

—Los ricos no viven aquí en Miramar, Raquel.

—Lo sé, lo de ricos es una forma de decir que viven bien.

—Bueno, ya vimos.

—Seguro andan de viaje.

Parecía eso, que estaban de viaje, habían dejado algunas luces encendidas, como suele hacerse para engañar a los ladrones.

—Parece que sí —dijo él.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Qué mierda de gente. No sé por qué ponen un letrero así.

—Si quieres le preguntamos a algún vecino.

Él sabía que si preguntaba le dirían eso, que andaban de viaje, que pronto regresarían y que el perro estaba bien, seguramente los vecinos lo alimentaban. Además, él era muy conversador, le gustaba conocer nuevas personas todo el tiempo.

Fueron a la casa del frente. Allí una mujer les informó que en la casa vivía un tipo malhumorado, no hablaba con nadie, ni siquiera daba los buenos días.

—¿Usted cree que se fueron de viaje? —preguntó Raquel, pero la mujer no tuvo más respuestas.

Volvieron al carro.

—Bueno, por hoy no podemos hacer más nada —dijo él.

—Podemos ofrecerlo en adopción.

—Sí, mañana lo publico.

—Yo también.

—Listo.

—Al menos vamos a dejarle algo para que coma, ¿no?

Él se acercó a la escotilla y colocó la comida. Luego dieron la vuelta en el carro y se fueron alejando, y mientras lo hacían, ella se quedó mirando en dirección a la casa, tal vez pensando que el perro saldría a comer.

Pero no lo hizo, no salió a comer, porque en ese momento se encontraba adentro, cuidando la casa y cuidando el cadáver de su dueño, como hacen los guardianes y los dolientes, con la mirada vigilante, fatigada y triste, noble y fiel en la inacabable noche de verano, esa mirada perruna que no se resigna y que espera, desde su más puro e inocente amor, que aquella persona a quien tanto ama se levante pronto.

Cuando la vida se nos va

Poco me gustaba compartir veladas o tertulias con las parejas amigas de mi esposa. Por alguna razón, lo que comenzaba con un cuarteto de personas conversando entre tragos, terminaba volviéndose tedioso. Se me hacía pesado tener que acoplarme a la sobrentendida política de diferenciación de género de esas reuniones, donde los hombres se apartan a hablar de sus cosas y viceversa. Siempre me han resultado más interesantes las charlas de las mujeres, más complejas y polifacéticas, también más íntimas. Pero cuando nos mudamos a Miramar hace ya un buen tiempo, la pasé bien con aquel matrimonio contemporáneo, joven todavía, aunque yo le llevaba seis años a Leonor, mi esposa, y seguramente a ellos también. Él era un sociólogo desempleado que daba clases particulares de inglés, y ella vendía postres y mercancía de todo tipo. Tenían un niño de unos nueve años. Nunca supe bien o no recuerdo claramente ahora de dónde se conocían Leonor y ella. Lo cierto es que comenzamos a reunirnos algunos fines de semana, no tan seguidamente al principio, hasta que luego la relación se hizo algo más estrecha. Jacobo, ese era su nombre, resultó muy interesante, era un buen lector, había leído varios libros de casi cualquier tema, desde novelas de Steinbeck y Padura, por quien sentía una gran admiración, hasta literatura marxista y ensayos históricos que yo desconocía. No era pedante, no mostraba esa petulancia de los que se endosan un vistoso rótulo de intelectualidad para agradar. Georgina, su esposa y la amiga de Leonor, era una mujer bella, no de

esa belleza estereotipada y digamos que convencional, más bien una belleza rara, poco común, asentada con fuerza en una piel morena bruñida, un rostro aindiado de ojos profundos y labios delgados. Era además callada, sonreía poco o lo hacía discretamente, podría decirse que era introvertida, una condición que en algunos hombres puede ejercer un gran magnetismo. Algunas veces se me hizo difícil disimular mi atracción, puedo decirlo ahora, aunque solo fue eso, sencillamente no me propuse nada más allá de una contemplación idílica.

El tiempo pasó y las reuniones siguieron, incluso se incorporaron otras personas, algunos conocidos suyos principalmente. Una noche estábamos en su casa, por lo general allí se daban las tertulias, y él me hizo pasar a su habitación. Allí tenía su biblioteca, no le gustaba exhibir sus libros en la sala, había perdido muchos en préstamos a conocidos que nunca los retornaron, aunque él también había obtenido algunos de esa misma forma. Se tomó unos buenos minutos para contarme ciertas historias de su colección, y la que más recuerdo fue una edición de 1961 de *Crimen y castigo*, de tapa dura marrón con letras doradas, no por su existencia, porque puede conseguirse en las tiendas de comercio electrónico, sino porque resultó de un intercambio que él hizo con una amiga cuando estudiaba en la universidad, y en el que, a cambio, ella se quedó con *La vida de las abejas y las hormigas*, que según me explicó se trataba realmente de los dos ensayos escritos por el nobel belga, reunidos en un solo libro y con un rótulo de colección. Yo miraba la biblioteca, revisando los títulos, oliendo esa mezcla de perfumes que hay en las habitaciones matrimoniales, detallando las prendas de vestir, los accesorios, el orden de los cosméticos de ella y el desorden de los zapatos de

él, los únicos dos pares que había o que tenía, cosas que dicen mucho de las parejas, de su vida juntos. Entonces mi vista se posó en un libro viejo y desgastado que reposaba en una mesita aparte. Lo tomé delicadamente, estaba tan estropeado que temí que se desarmara en mis manos. Era un ejemplar de *París era una fiesta*. Mi cara de fascinación, mi forma de hojearlo cuidadosamente, de contemplar las páginas y detenerme en algunos fragmentos que él había subrayado con lápiz lo alertaron, y con mucha calma me dijo que ni siquiera lo pensara, ese era su libro predilecto, su obra de cabecera. «Ese no lo presto, siempre va conmigo, lo he releído infinidad de veces y lo sigo visitando para no perder la brújula».

Ya para entonces Jacobo había mencionado que se iría del país por la vía del Darién. Nunca supe realmente si lo decía en serio, por muy mala que fuera su situación económica. Después dejó de hablar del tema, pero en su entorno, dentro del cual nos incluimos Leonor y yo, había quedado la duda. Una noche Leonor me dijo que aquel hombre era un tipo sin ambiciones, sin iniciativas de superación, y que no lo veía jodiéndose para llegar a los Estados Unidos y luego llevarse a Georgina y al niño. El asunto no me interesó, no le di importancia, hasta que dejé de verlo seguidamente. No era que nos encontráramos todos los días ni que lo extrañara, pero transcurrió un tiempo notorio en el que no lo vi más. Tampoco nos escribíamos. Por ese entonces comencé a ver a Georgina distinta, debo decir que en sentido positivo, como la vez que iba hablando al teléfono por la vereda con una sonrisa que no le había visto antes, muy elocuente y suelta, incluso vestida de otra forma, una blusa de amplio escote que dejaba su busto, un busto más bien pequeño, en manifiesta evidencia.

Se lo comenté a Leonor, excluyendo mi deleitosa visión de sus senos, y ella no dudó un solo momento desde su inteligencia femenina.

—Lo dejó, se veía venir —dijo.

Pero se equivocó. Por esos días Georgina fue a la casa con el niño y nos contó que Jacobo se había ido finalmente por la consabida ruta de los migrantes, que buscaría un futuro, para el hijo sobre todo, y haría lo que ya muchos han hecho, primero se establecería él y luego ahorraría lo suficiente para llevárselos a ambos, justamente lo que Leonor dijo que no haría. Fue una visita rápida. Sin embargo, pude ver de nuevo a la Georgina de antes, esta vez más huidiza y discreta, como con miedo a dar detalles del viaje de su esposo. Entonces me despedí y me fui a acostar para que pudieran hablar tranquilas, pensando erradamente que tal vez era por eso, se habría sentido incómoda conmigo, cuando en realidad era todo lo opuesto.

Porque una noche, estando Leonor ausente, me escribió para que fuera a su casa. Tardó en abrir, acababa de bañarse y salió con el cabello húmedo. «Solo quería conversar», me dijo, aunque sabía que Leonor no estaba y además el niño ya dormía. Yo deduje que iba a hablar-me de él, tal vez no veía en Leonor a alguien que supiera escucharla, a pesar del tiempo que llevaban conociéndose o justamente por eso. Nos sentamos en el recibo. Ella puso los pies en una ponchera con agua, como hacen las pedicuras con sus clientes en los salones de belleza, y me preguntó directamente si yo era capaz de hacer lo que él había hecho, irme así, dejar todo momentáneamente con una precaria promesa de volver. Le dije que no lo sabía, que nunca lo había pensado.

—El problema no es ese en realidad —dijo—. Yo puedo saber, puedo entender eso de marcharse para

asegurar una vida mejor. La cuestión es que no sé hasta qué punto esa vida me involucre a mí.

Me pareció una estupidez, pero fui más bien blando cuando le dije lo que pensaba.

—¿No te parece injusto pensar así? ¿No crees que ese riesgo tomado lo involucra todo, que jugarse esa carta es asumir un compromiso total contigo? —le pregunté.

De pronto se relajó, cruzó las piernas y se acomodó distendida en el mueble, como si esperara esa última pregunta y tuviera una respuesta lista. Volvió a meter los pies en la ponchera antes de seguir.

—Es que tú no sabes nada —dijo—. Las cosas no son así. Esas decisiones se toman de otra forma, tú no vas a planificar el futuro sin resolver primero lo que tienes hoy, ¿me entiendes? Jacobo no es como tú lo piensas, puede ser extraordinariamente cruel y créeme que lo he sufrido, lo he vivido en este matrimonio que ya dejó de serlo hace tiempo, en la práctica todo es una mentira.

No me sorprendió. Pero hubo un momento en que la vi muy tranquila, como si hablara de otro asunto mientras se arreglaba los pies.

—El matrimonio es una prisión —continuó—. No quiero generalizar, sé que desde el más puro pragmatismo me dirás que no, que nadie está obligado en este siglo a estar amarrado a un matrimonio, que las cosas no son como antes. Gran error. Nada ha cambiado, el mundo sigue siendo la misma mierda, un lugar que disfrutan los poderosos, los ricos, y los demás solo jugamos a ser felices. —Hablaba sin mirarme, sin un aparente resentimiento. Había sacado ahora uno de los pies y comenzado a cortar las cutículas—. Los ricos resuelven sus problemas con dinero, nosotros con la precariedad, el desespero, el extremismo, incluso con la violencia. Pero ese es otro

tema. Tú, por ejemplo, ¿no te has preguntado si estás bien? Créeme, esa pregunta siempre surge, sé que te has puesto a pensar en eso, he visto cómo me miras, he visto cómo se miran todos los matrimonios cuando se reúnen. Pero ese también es otro tema; más allá de la intimidad, me siento cansada, agotada por un esposo que no tiene ambiciones de ningún tipo, es un conformista convencido, un hombre que se ha plegado pasivamente a lo que tiene, sus aspiraciones murieron allí, en las clases de inglés para niñitos con plata, no tiene instinto de superación.

En ese momento cambió de pie, justo cuando sus palabras se me parecieron tanto a las de Leonor.

—¿Sabes? —continuó—, muchas veces quise dejarlo, pero pasó lo de siempre, el hijo y todo lo demás. Hubo momentos terribles, de verdadera rabia. No digo que sea normal, pero no está lejos del promedio llenarse de mucho odio cuando te agarra la impotencia, el mundo está lleno de casos así, vivir juntos puede llevar a la fatalidad, como ha pasado tantas veces, muchos han resuelto el problema de esa forma, salvar su vida a costa de la del otro. Algunas veces quise que pasara, te lo juro que en una ocasión le grité eso, ojalá que te mueras, ojalá que desaparezcas, en ese orden, porque lo primero me pareció muy fuerte, pero en verdad lo deseé, quise verlo muerto si era necesario. —Agitó el cortacutículas en el aire cuando dijo esto—. Bueno, ahora me estás mirando de forma extraña. ¿Me vas a decir que nunca tuviste una fantasía de esas en que te liberas de ella?, ¿un accidente, una caída desde un barranco o una escalera, por ejemplo, un envenenamiento por error? En algún momento lo pensaste, igual que yo, igual que muchos. Al final siempre ocurre, aunque sea solo un fantaseo.

—No realmente —respondí.

—Sé que sí. La mayoría de los matrimonios se vuelven tan monótonos que estimulan la imaginación. ¿No querías coger conmigo?, ¿cuántas veces lo imaginaste, igual que yo? La diferencia es que yo puedo hacerlo ahora y cuando quiera, contigo o con quien quiera, sin tener que dar explicaciones ni esperar el momento, tú en cambio tienes que esperar que ella no esté, como ahora lo haces.

Se secó los pies con una toalla y, aún descalza, se levantó del mueble.

—¿Vamos al cuarto? No te confundas, solo quiero pasar la noche acompañada, no sentirme sola.

Fuimos a la habitación que ya antes había visto. Ella se sentó en la cama con una seguridad pasmosa y comenzó a buscar canales en la televisión.

—¿Quieres que ponga alguna película o un canal de música? —preguntó.

Pero no respondí. Me quedé atascado en aquel enrarecido espacio en el que ya había desaparecido la mezcla de perfumes y ahora solo olía a ella, y me hice las mismas preguntas que todavía hoy me hago, por qué en un rincón, ya bien ordenados y malamente disimulados, seguían estando los dos pares de zapatos de él, y sobre todo por qué en la mesita de noche, como un adorno inútil o un objeto superfluo, el raro ejemplar de *París era una fiesta* continuaba allí, silente y sin alma, como quedan las pertenencias de los que ya no están más en este mundo.

Tan puntual como la muerte

Mi tía Mauricia había viajado a Caracas el 22 de diciembre de 1986 para pasar la Navidad con las hijas, pero todos en el grupo familiar decían que no, que había ido porque el hombre, el papá de las niñas, se lo habría pedido. Como en todas las historias de barrio, esa fue la versión que quedó, sexualmente lógica y telenovelesca.

—Se fue a buscar el choricito de carne, no se pudo aguantar —dijo la abuela.

No regresó para fin de año —había prometido encargarse del pollo relleno— ni para Reyes. Nadie sabía nada de ella. Cuando trataban de llamarla por teléfono, la respuesta era siempre la misma: se fue a pasar unos días en La Guaira.

Ese fin de año no hubo pollo relleno ni dulce de leche cortada. También extrañamos el piso bien pulido, sus atenciones y hasta sus carcajadas cuando mis tíos contaban los mismos chistes malos de toda la vida. Así era Mauricia, tenía un don para servir bien a los demás, incluso con su risa. Su ausencia se fue haciendo visible con los días en una casa que se iba derrumbando.

36

Comenzaron a aparecer las chiripas y las hormigas en la cocina, los baños olían a meaderos públicos, el piso era de terror y la ropa se acumulaba en los muebles. Cuando iban a cumplirse ya seis meses de su ausencia, alguien llamó diciendo que se había ahogado en un naufragio tratando de salir del país. A mí solo me decían eso, que había muerto y que su cuerpo se lo comieron los tiburones. Yo tenía ocho años y andaba en otro mundo, aunque siempre recordaba a la tía Mauricia, sus

suspiros de azúcar y sus pastelitos andinos a la hora de la merienda.

Como no hubo entierro ni velatorio ni ninguna ceremonia luctuosa, mi abuela organizó unos rezos en su memoria. Dijo que sería su funeral, que su hermana no merecía irse así. Fue un acontecimiento en el barrio. Hubo pasapalos y chocolate caliente. También prepararon un arroz amarillo con cerdo, el plato fuerte, que no me gustó y que no alcanzó para todos porque llegaron muchos coleados. Recuerdo la consternación de una gente a la que nunca había visto, aunque todos hablaban bien de la tía Mauricia y rendían honores a su desempeño en la cocina y en la limpieza. No faltaron los rezos, las lágrimas y el aguardiente de contrabando. Pero a la media noche, creo recordar, cuando ya la mayoría de los dolientes se había marchado y quedábamos unos pocos, un taxi se detuvo al frente del portón de la casa y ella se bajó con dos maletas remendadas.

Era el mes de agosto de 1987 y el calor era espeluznante. Mi abuela casi muere de un infarto, lo mismo que mis otras tías y mis primas, con lo que habríamos tenido un velorio de verdad. Hubo una gran algarabía, gritos de frenesí y una avalancha de preguntas. En medio de todo aquel reencuentro de película de Polanski, tuve miedo de abrazar a la tía que regresaba de los muertos. Uno de mis tíos puso música para celebrar el retorno, pero ya no quedaba comida ni caña y la euforia se fue apagando muy rápido. A pesar de hablar con la lengua enredada, mi abuela alcanzó a decir que aquella había sido la noche más feliz de su vida.

Todos se fueron a dormir, cansados de la jornada, en medio de un reguero de sillas, vasos y platos de plástico. Cuando ya estaba entrando a mi habitación, dirigí la

mirada hacia la cocina, una mirada instintiva y fugaz antes de echarme en la cama, para ver si todo había sido de verdad. Y lo fue: allí estaba la tía Mauricia, con el cabello recogido, tan sola, tan puntual como la muerte, limpiando con esmero el desastre de su propio funeral.

Los niños sin balón

El sol de las cuatro de la tarde calienta las cabezas de los tres niños. Sentados en la grama recién cortada, habían llegado a aquel campo de fútbol después de atravesar un kilómetro entero desde la entrada del urbanismo, pasando por las viviendas de guarnición militar hasta llegar, por el escarpado camino adyacente para evitar los puestos de vigilancia, a la zona de esparcimiento. Los lunes había poca actividad, muy pocas personas iban a ejercitarse, pero estos tres niños habían descubierto que algunos lunes, de vez en cuando y con algo de suerte, iban otros niños —niños del lugar, niños con balón— a jugar partidas. Al principio, estos niños bien vestidos miraban con recelo las tres figuras andrajosas y no los invitaban a entrar, pero después, cuando estaban incompletos o se aburrían de jugar solos, convidaban a los mirones. Para eso había que pasar primero por mirar, mirar con arte, con los brazos cruzados para que no se note la ansiedad, disimulando lo mejor posible que no están hambrientos de cancha; mirar y celebrar discretamente los goles.

Pero este lunes tienen mucho rato esperando, tostándose en el tórrido sol. Un avión de propulsión pinta una línea de humo en el cielo y el lejano y tardío sonido los distrae. Un poco más, dice el del medio. Están a punto de la resignación. El más grande arranca un tallo del monte y lo mastica. Hay que conseguir un balón, dice. El más pequeño se quita los maltrechos zapatos para rascarse el sarpullido de los pies. Son como gatos callejeros atontados por el calor. Casi a las cinco deciden que ya está, hay que irse. Están en eso,

levantándose y quitándose la modorra, cuando una camioneta que se estaciona a un lado del campo los encandila. Dos personas bajan, un niño de unos siete años y su padre. El hombre ronda los cuarenta. Está fuera de forma, la panza trata de escapar ridículamente por debajo de la camiseta, pero la altura compensa su grosor. Su cabello medio canoso es reluciente, se ha dejado un flequillo juvenil igualmente ridículo. Viste un uniforme blanco del Madrid, recién lavado, también el niño, y los botines de ambos parecen sacados de una publicidad. Llevan un par de balones que los niños ven rodar sobre el engramado y los hace detener su regreso. El hombre se acerca a ellos, les pregunta si quieren patear un rato. Tiene un tic nervioso, levanta el hombro izquierdo mientras gira la cabeza hacia ese lado, ambos movimientos de forma simultánea y brusca. Pero su intención no es echar un partido con los niños, incluso él mismo no tiene ganas de jugar, como sí debió hacerlo en su época, cuando era joven y pensaba de verdad en el fútbol y además lo practicaba, mucho antes de ser esa otra persona en la que se ha convertido. Les hace una propuesta extraña, ese tipo de ofrecimientos impensables si no hay una compensación plausible, «ustedes van a formar una barrera para que mi hijo practique los tiros directos, les voy a pagar por eso, ¿les parece?», dice. Con esa seguridad que otorga el dinero, el hombre ya ha decidido que así transcurrirá aquella jornada con el hijo. No dice cuánto les pagará, con cualquier billete es seguro que van a estar conformes, no hay necesidad de llegar a un acuerdo, pero el mayor de los niños lo duda unos segundos, su mente ya está habituada al negocio, negocios de barrio y de calle, aunque es una duda pasajera porque los otros dos, los menores, se la borran

con sus caras de satisfacción, esperando afanosamente que él, la voz de mando en su columna jerárquica, acepte la propuesta, como lo hace prácticamente de inmediato, como si nunca lo hubiera pensado, diciendo que sí, dónde tenemos que ponernos. El hombre les indica dónde deben colocarse marcando una raya imaginaria con el pie, «aquí», dice, y los niños se paran allí. El otro niño, el hijo, comienza a lanzar los tiros al arco, donde el padre se ha ubicado como portero, pero al principio los chutes salen mal, no logra pasar ninguno por arriba, hasta que va tomando confianza y consigue que el balón supere la barrera, es un niño fuerte, tiene talento. Sin embargo, el padre no está conforme y además el calor le va quitando la paciencia, «tienes que darle con efecto, que haga una curva, patear con la parte interna», le grita, el tic nervioso se hace intenso.

Es una tarde silenciosa y apartada, diminuta, como si no hubiera más nada, solo la respiración de ellos en la cancha y el rumor lejano del tránsito en la autopista del este. El hombre le quiere enseñar al hijo cómo se patear, sin miedo, con seguridad, aunque ha empleado primero la palabra convicción, que el hijo no comprende. Ensaya varios disparos que se estrellan en la barrera, en la humanidad de los niños, uno de ellos derriba al más pequeño, que ha sentido el eco del cuero sintético inflado en su pecho. La tarde continúa para ellos sin haber podido jugar, viendo pasar balones por encima de sus cabezas o chocando contra sus cuerpos, ya quieren que todo termine y les paguen. El hombre está agotado, también quiere irse y un rato después da por concluida la práctica, mira la hora y dice que ya está bien, es todo. Los niños se miran satisfechos, con ese goce que da el trabajo cumplido. Solo esperan por el dinero para regresar. El

hombre lo sabe, se alisa el flequillo, se hace el importante, abre el bolso que ha dejado sobre la grama y saca un manojo de billetes, sin darse cuenta de que el mayor de los niños cuenta mentalmente mientras él va desgajando el mazo, uno, dos, tres...; el niño grande no quiere que pare nunca, quiere que la mano siga moviéndose sobre el fajo, contando uno sobre otro, cuatro, cinco... Pero la mano sí se detiene, finalmente, con todo y hombre, que de pronto cae pesadamente sobre el engramado como un muñeco de trapo, justo después del estallido seco y brutal que hace que las guacamayas de los grandes árboles salgan despavoridas hacia el despejado cielo.

Solo el niño mediano vio el vehículo que se alejaba velozmente del estacionamiento, y solo el mayor se apresuró a tomar los billetes que quedaron esparcidos. Pero fue el más pequeño de ellos quien, mientras corrían aterrados a toda prisa de regreso, giró la cabeza para mirar por última vez al otro niño, al que quedó solitario en la cancha frente al cuerpo del padre, tendido boca abajo, ya sin el tic nervioso, ya sin respirar.

Descanso dominical

Lo más difícil fue maniobrar con los niños. Sobre todo con Boyan, que tenía cinco años y desde un principio preguntaba por mamá, «¿cuándo va a llegar?». Yo le respondía que pronto, pero con las horas la inquietud nos fue centrifugando hacia un mismo nivel, una misma angustia, y al término de aquel sábado, cuando cenábamos en la pizzería, la pregunta fue otra, más imperiosa y vital, «¿qué le pasó a mi mamá?».

Con Fabián fue muy distinto, estaba muy pequeño y no podía entender lo que ocurría. Le daban arrebatos a la hora de dormir, generalmente dos o tres veces al día; era ella quien lo dormía susurrándole canciones con su voz fatigada y lánguida, un ritual que yo nunca aprendí o no creí necesario aprender, y que solo vine a advertir en aquellas circunstancias, era desesperante verlo dar vueltas en la cama, con los ojos apagados, en una batalla pertinaz contra el vacío. Lo ponía a mirar la televisión, lo más simple y cómodo, e iba cambiando los canales hasta que el sueño lo vencía o me vencía a mí.

Ella había salido temprano, sin el carro, sin haber preparado café —el que yo hice quedó terrible, todavía no me acostumbraba a la cafetera inteligente, tan fácil que me resulta ahora—. Deduje que habría ido a ejercitarse, una práctica frecuente, aunque había una delgada y fría lluvia y ella detestaba el cabello mojado, hubiera preferido matar antes que eso, una manía suya que sigo recordando con tanta nostalgia. «Se va a enfermar», pensé, porque era asmática, asmática crónica, se me ocurre decir, con aquellas sombras

debajo de los ojos. No era probable que saliera a comprar comida, las tiendas no abrían tan temprano. ¿A dónde iría entonces? No atendía el teléfono o estaba apagado. Tal vez por eso a mitad de la mañana llamé a Laura. Iría a hablar con ella por el asunto del negocio familiar y me vino a la mente el cuadro de las dos hermanas solucionando las cosas, dejando todo claro. Pero no, no estaba con Laura, que parecía muy tranquila y hasta preguntó si quería que buscara a Fabián. Yo temía que él despertara, al niño había que alimentarlo adecuadamente, la fórmula láctea que yo no sabía preparar y luego hacer que se durmiera de nuevo. Estaría mejor con ella, que no tenía hijos ni marido, pero sabía cómo manejarlo mejor que yo. Llegó al mediodía y trató de contagiarme su serenidad. Un rato después tomó a Fabián y lo llevó con sus abuelos.

Al morir la tarde ya el temor empezaba a acorralarme, algo le había pasado y no quería saberlo, no me atreví a poner la denuncia, y para no caer en el desmoronamiento llevé a Boyan a comer. Entramos a la pizzería y, mientras traían la orden, le pedí que dibujara algo. El resultado fue un buen dibujo familiar en el que aparecían los tres en una secuencia que yo no esperaba. De izquierda a derecha estaban él y su madre, y finalmente el padre al lado de ella, tomados de la mano. Yo esperaba que él estuviese en medio y tomara las manos de ambos. Habían transcurrido tres años de la separación, pero él los veía a ambos unidos, aun cuando eso significara su propio distanciamiento del padre, algo así como su cuota de sacrificio. Todavía no nos veía a Fabián y a mí en sus dibujos. Luego pensé que, en aquellas circunstancias, lo mejor era que él estuviera con su padre y decidí llamarlo. Le dije que ella había salido temprano y aún no

regresaba, la situación del niño que pedía estar con él y toda la explicación respectiva, yo no tenía ningún inconveniente, pero el niño estaba intranquilo, comenzaba a afectarle no ver a su madre. Fueron unos cuatro minutos al teléfono, la conversación más larga que habíamos tenido hasta entonces. Intercambiamos hipótesis parcamente, posibilidades reales desde nuestras experiencias concretas, aunque él llevaba una ventaja por el tiempo de convivencia. Lo cierto es que, desde nuestras discreciones y tactos, terminamos tranquilizándonos, o él tranquilizándose a mí y yo agradeciéndole en silencio.

Después fue él quien me agradeció, no estaba en la ciudad y me pidió que me quedara un par de días más con Boyan. Estaría realmente ocupado, concretando algo de importancia, por el hecho de pedirme dos días en lugar de uno. En un día podía buscar al niño, claramente necesitaba otro más. Quizá estaría con su nueva pareja y con el hijo de esta, llevándolo a un parque o enseñándole a nadar en alguna piscina, consagrado a su vida actual, dedicado a un niño ajeno como yo ahora atendía de algún modo al suyo.

Volvimos a casa, donde el tiempo parecía atorado en los muebles. Boyan se quedó dormido sin hacer más preguntas. Me acosté sin desvestirme. Traté de ver una película para pescar el sueño, pero por un costado retumbaba una algarabía de músicaailable, parece que los vecinos tenían una fiesta. Miré la cuna de Fabián. Parecía una foto, todavía tibia y con la huella del desarreglo en las sábanas. Miré los objetos de ella sobre el tocador, aspiré el olor de sus cosméticos. Y de pronto sentí que más adelante, sin darme cuenta, me iría quedando paulatinamente solo, hasta que no hubiera más soledad en que quedarse.

El domingo amaneció radiante, con un tórrido sol, como si fuera verano. Había decidido denunciar su desaparición, la desaparición de Agusmir Rubio desde la mañana del sábado, pero no hubo tiempo. Al asomarme a la ventana la vi bajarse de un auto; desde lejos me pareció que traía el cabello recién mojado, húmedo aún, aunque no llovía, y que lo había recogido tratando tal vez de disimularlo. También vi al hombre que conducía, apenas una figura al volante cuyo rostro, ya cuando él arrancaba y se iba, se giró levemente, y en ese breve claroscuro me pareció ver su mirada, la mirada de alguien que en otro momento fui yo mismo. Y pensé que pronto, en un tiempo no muy largo, yo sería igualmente un dibujo infantil en una servilleta, un trozo de papel donde Fabián me pondría tomando la mano de ella, la de su madre, y en el otro extremo, sin ninguna expresión, él ya no tomaría la mía.

Miércoles de ceniza

No se sabe bien si Juan Anselmo Luján durmió mal o no durmió aquel miércoles, unos días antes de ponerse la nueve milímetros en la sien y mandarse al otro mundo por mano propia. Lo cierto es que al levantarse tenía una cara terrible de espanto, y que, en el baño, cuando iba a ducharse, le dio un vértigo tan fuerte que tuvo que sostenerse de las manillas de la regadera para no caer, al menos fue lo que dijo y repetía varios días después, cuando todos querían saber realmente lo que había pasado. Es sabido que, después de ducharse y de un desayuno abundante con café y jugo de naranja, le preguntó a su esposa, que se estaba arreglando para salir y tenía prisa, igual que la tenía él, si había tomado las llaves del Corola, y que ella respondió afirmativamente, pues la tarde del día anterior había ido a retirar un vestido a la tintorería, «por cierto, está en el carro, no te vayas sin que lo saque», dijo ella. Pero las llaves no aparecían, y luego de una búsqueda nerviosa de varios minutos en la que también participó la empleada doméstica, finalmente las encontraron en la habitación de Guillermo, el bebé de un año que seguía durmiendo. Esos minutos lo retrasaron, así que Luján apenas tuvo tiempo para ponerse la colonia, no alcanzó a abotonarse la camisa correctamente, lo cual fue notado por la empleada, que aún no se sentía con la confianza suficiente para hacérselo notar. Salió muy rápido hacia el garaje y encendió el vehículo, a pesar de la prisa se tomó un par de minutos para calentarlo, y en ese tiempo verificó que llevaba el informe en el maletín, terminó de

abotonarse la camisa, chequeó el nivel de combustible y puso música, justo cuando la esposa abría la puerta trasera del vehículo, retiraba el vestido y le decía algo que él escuchó de forma automática, como pasa cuando la mente está en otro sitio, solo alcanzó a escuchar que bajara el volumen y a ver por el espejo retrovisor el cabello teñido y recién planchado de ella, y luego la vio caminar con el vestido rojo envuelto en papel plástico, «¿para qué un vestido rojo en pleno día?», se dijo mirándole el buen culo que seguía teniendo, firme y rítmico, pero fue una visión fugaz que se quedó claramente fija por unos segundos, y después dejó de pensar en eso.

Condujo hasta el centro de la ciudad, no era un hombre de conducir a grandes velocidades, pero esa mañana era diferente, tenía una reunión de negocios para concretar algo grande, eso que había estado esperando tanto que ocurriera y que sucedería pronto si todo salía a la perfección, aunque nada es perfecto, nada en ese velado ámbito de anonimatos y carnadas termina siendo plenamente llano, limpio, no ocurre así en ese mundo insondable, hosco y rudo, muchas veces enlutado y marcado con cruces, cruces que unos cargan para que otros se relaman en sus botines. Luján pensaba en eso, era un tipo malicioso, desconfiado por naturaleza. Comenzó a sudar, el aire acondicionado no alcanzaba a enfriar su cabeza ni su tórax, como si el calor viniera de adentro, como una intimidación. Se detuvo en un semáforo y volvió a desabotonarse la camisa. Segundos después, cuando tuvo luz verde, arrancó, y en unos minutos más estacionó en el edificio acordado. La sala de reuniones estaba en el cuarto piso y tenía un ventanal con una panorámica de la ciudad. Apenas lo

vio entrar, una pelirroja le llevó un café y le hizo ver que tenía mal abrochada la camisa. En ese momento, Luján pensó que la vida era como un subibaja, «a veces estás en el piso, jodido y queriendo subir». Ahora comenzaba a estar arriba. En unos cuantos minutos se cerró el trato, y cuando comenzaron a servir el coctel escucharon la explosión, mucho menos escandalosa y turbadora que la escena del Corola blanco en llamas desde la ancha ventana, a donde todos se habían ido a asomar. Ni siquiera tuvo que pensarlo mucho, lo habían amenazado durante todos esos días, solo que no creyó que iban a atreverse.

Intentó correr hacia las escaleras, pero rápidamente lo tranquilizaron, «no vale la pena, Luján», y tuvo un pensamiento metafórico: «Ya estás dentro, ya está hecho». No todo parecía tan malo. Alguien se le acercó para darle ánimo, era solo un carro. No le preocupaba el Corola, le preocupaba la advertencia. Pero ese era el mundo en el que se había metido, con eso tendría que vivir.

Desde la ventana vieron a los bomberos hacer su trabajo. La mañana tenía un matiz veraniego imponente, era un día estupendo. «Ya está», pensó, esta vez en voz alta, levantando la mirada hacia el despejado y prometedor cielo. Había dejado de sudar. Volvió la vista hacia la pelirroja, que no dejaba de sonreírle, y eso le hizo recordar a su esposa, ya estaría metida en su vestido rojo en pleno día, ya no podría ir a buscarla. «Hola, cielo, no podré ir a buscarte, ha ocurrido algo, luego te cuento», le dijo por teléfono.

Parece que ella lo tomó con calma y le hizo una pregunta, pero Luján no escuchó bien porque donde estaba su esposa había un alboroto festivo. Luego hubo

una pausa, un breve silencio, seguramente ella se movió del sitio para alejarse del ruido, y repitió enfáticamente lo que ahora él sí escuchó con claridad: «Pero dime, Juan Anselmo, dime que dejaste al niño en la guardería».

La mujer duplicada

Esa tarde las ventas fueron malas, fue un día muy lento, poco movido, tan distinto al anterior, con el desfile del Primero de Mayo y toda esa gente muerta de sed, algunos con hambre también. Pero ese jueves las tortas de quesillo quedaron casi intactas, solo faltaban las dos que ella misma comió para aguantar hasta la noche. El café y los cigarros salvaron la jornada, siempre se venden bien. «Laura, ¿nos iremos?», le gritaron desde el puesto vecino. Se quedó un poco más, esperando un milagro de última hora, aunque tuviera que irse sola, con lo peligroso que es cuando se viene la noche en las calles caraqueñas. Se quitó la gorra para rehacerse la cola del cabello, como una tenista que se acicala antes de sacar para el punto decisivo. Y ahí fue cuando la vio pasar.

Era idéntica a ella, exactamente igual, un clon que caminaba deprisa por el lado contrario de la calle, hablando por teléfono, se veía que no escuchaba bien por el tráfico de esa hora, tenía que pegárselo a la oreja. Desde esa distancia incluso le pareció que tenía su misma estatura, no pudo calcularlo bien porque llevaba tacones, unos tacones discretos que le imprimían elegancia a sus apurados pasos. Pero era su misma cara, a pesar de los lentes oscuros. La mujer se detuvo en una tienda solo por casualidad, una parada de golpe, no planificada, en una tienda de ropa, y estuvo unos segundos mirando un vestido amarillo, eso le pareció a Laura. ¿Amarillo? Ella nunca habría comprado ropa amarilla, pensó sin poder despegar la vista de su doble, tan exacta a ella, aunque no tuviera sus mismos gustos para vestir.

Laura se levantó de la butaca y se olvidó por completo de la mercancía. La mujer había entrado en la tienda y ella cruzó la calle para seguirla viendo, esta vez más de cerca, desde la puerta y simulando mirar las prendas de la vitrina. Su réplica estaba conversando con una empleada, ya sin los lentes y mostrando el rostro, su propio rostro, no una cara parecida ni unas facciones similares. «Soy yo», murmuró. Se metió ambas manos en el *jean* para disimular mejor, no se puede estar parado mucho tiempo en una vitrina sin ser advertido, mucho menos si la persona que está frente al mostrador es la misma. Ahora sí la tenía más próxima, y aunque no había sido un propósito premeditado, la escuchó hablar con su misma voz, como si esos acontecimientos pudieran ser normales. La oyó decir algo sobre un pago electrónico en euros, con esa forma tan suya de hacer las preguntas, atenuando la entonación, quitándole musicalidad, como quien afirma en lugar de interrogar. Luego vio cómo, mientras la empleada le respondía, la mujer se colocaba la mano en el hombro y lo masajeaba fuertemente con el pulgar, ese tic nervioso tan suyo, su propia manía neurótica cuando estaba ansiosa. ¿Cómo era posible? «Coño, sí que soy yo», pensó, esta vez con un temor que la hizo dar un breve paso atrás, sacarse las manos de los bolsillos y empezar a decidir qué hacer, confrontarla o salir de allí lo más pronto posible. Fue lo que finalmente hizo, apartarse y comenzar a caminar torpemente por la acera, sin una dirección precisa, pasmada y con el ritmo cardíaco excitado, pero se detuvo en seco cuando la mujer, ella misma, le pasó por un lado con su exquisito paso de gimnasta, como camina la gente que no quiere ser abordada ni interrumpida de ninguna forma, y luego vio cómo unos metros más adelante abría la puerta de

una Ford Runner negra y cómo, ya cuando iba a entrar al vehículo, dirigió el rostro hacia donde estaba ella y sus ojos se encontraron, pero era aquella, su doble, quien la estaba mirando y quien, tan fugazmente como ocurrió todo, le sonrió con una sutil expresión de ironía que era también la suya y que conocía tan bien.

De regreso tomó el metro, que estaba abarrotado, ella se fue de pie porque ya muy pocos hombres ceden el asiento a las mujeres. No tenía cabeza para otro asunto, en el trayecto no pensó en otra cosa. Comenzaron a aparecer sucesos que ya creía borrados o proscritos de su memoria, imágenes que se fueron fijando cuando la visión o el recuerdo aún no habían perdido su nitidez, y que el tiempo y los eventos fueron desgastando como pastillas de jabón. Ella había dejado de recordar sucesivamente —pero no lo eliminó del todo— que cuando era una niña muy pequeña, tal vez no tanto como para no poder puntualizarlo, se veía andando en un coche para bebés, un coche morocho rosado, el color que después se convirtió en su preferido, y que con el tiempo, cuando esa visión llegó a tener cierta continuidad y se vio en la necesidad de saber, comenzó a preguntarle a la madre por qué la llevaban en aquel coche doble, y esta le respondió que seguramente había sido un sueño. Pero después, estando ya en la adolescencia, la madre tuvo un descuido y cambió la respuesta a una más terrenal: ella no tenía para comprar un coche y alguien se lo había regalado. En el trayecto de Sabana Grande a Propatria, durante los casi treinta minutos de recorrido, fue rebobinando. «¿Recuerdas que mamá a veces se confundía y te llamaba Aura, y que tú te preguntabas por qué te llamaba así y hasta te daba risa?». Después se hizo más frecuente la supresión de la L y ella terminó

tomándolo con humor, algunos días era Laura y otros Aura, no tenía importancia, era mamá poniéndose vieja. Comenzó a encajar esos recuerdos en una sola pieza, en un solo sentido. Y pensó que su doble, Aura, ya no tendría ese nombre, se lo habrían cambiado, pero que tal vez ella, como fuera que se llamara ahora, también tenía o al menos tuvo esos recuerdos del coche, aunque tampoco nadie le habría dado ninguna explicación, quizá esa imagen igualmente se registró en su memoria infantil, quién podría saberlo.

Laura fue muy franca y directa cuando me contó todo esto. También se mostró indiferente, tal vez porque es una mujer acostumbrada a la rudeza de la vida. Creo recordar que esa vez, cuando me relató aquella historia con detalles, hubo algunos momentos de tensión y varias veces se frotó el hombro con el pulgar. Pero no vi ninguna señal de resentimiento, ni siquiera cuando me dijo que el destino era una mierda, pero que de todas formas le gustaba fantasear sobre cómo habría sido todo, su vida posterior y su vida actual, de haber estado en el otro compartimiento del coche, de haber sido en verdad Aura en lugar de Laura.

Melancolía de Isabel

«Un día de estos me iré», volvió a decirme. Confieso que esa vez no le presté atención, porque estaba escribiendo un artículo para mi columna y debía entregarlo pronto. Era de noche, recuerdo, y los niños dormían. Cuando me fui a acostar, ella estaba soñando. «Siempre sabía cuándo soñaba, porque su respiración se agitaba mucho y su frente sudaba a chorros», le dije al oficial de policía que llevaba el caso.

Al día siguiente se levantaba temprano, hacía café y me contaba sus sueños. Por lo general, eran sueños en los que volaba o creía volar suspendida en globos de aire caliente atados a una cuerda que alguien sostenía, alguien cuyo rostro no lograba distinguir, pero en quien confiaba aparentemente. Esa mañana, sin embargo, dijo algo distinto que vio en el sueño:

«Soltarán la cuerda y volaré libremente hacia el espacio». Yo le pregunté quién soltaría la cuerda, pero ella no pudo ver su rostro. No insistí, era tarde y debía ir al trabajo. «Besos a los niños», le dije desde el umbral.

El oficial de policía escuchaba sin interés mi declaración. «Usted debió insistir, debió hacer que ella recordara a ese sujeto, tal vez sea el rostro del asesino o de quien sea que la haya secuestrado», dijo. «Ella no está muerta ni secuestrada», le dije con desgano y seguí con mi relato.

Llegué tarde, casi de noche. Los niños estaban despiertos y ella se veía agotada.

«Tardaste», murmuró. No respondí, porque era una escena repetida muchas veces y no quería volver a decir lo

mismo de siempre. Cenamos y ella se sentó con nosotros en la mesa, cosa extraña, porque últimamente no comía o lo hacía de pie y apresurada. «Creo que esta noche me iré», dijo. Esas situaciones relacionadas con su partida en sueños ya eran cotidianas. «¿Y los niños?», pregunté con sarcasmo. «Luego soñaré que vengo a buscarlos», respondió.

Decidí entonces acostarme, pero ella se quedó dormida un poco más temprano y comenzó a soñar. Al principio fue un sueño sosegado, al menos ella se veía tranquila, hasta que comenzó a sudar copiosamente. «Me voy. Soltarán los globos», dijo aún dormida, con una voz trémula. Luego repitió la frase temblando, como en un ataque epiléptico. «Los niños», pensé, y fui al cuarto donde dormían para evitar que se despertaran por el ruido. Todo ocurrió muy rápido. Al volver, ya ella no estaba.

Me dictaron privación temporal de libertad por la desaparición de Isabel Villafañe. Fue hace siete meses.

Hoy, no sé por qué precisamente hoy, tengo la sensación de que ella volverá a soñar, desde donde esté, y de que vendrá por los niños.

¿Me llevará a mí también?

Sin señal

De Brisbane a Caracas son casi dos días de viaje, incluidas las conexiones, si uno elige la forma más económica. Yo podía permitirme algo más rápido y costoso, pero no tuve otra opción, y en aquellas vacaciones del verano de 2022 tomé uno de esos vuelos, después de quince años viviendo en el quinto culo del mundo, para ver de nuevo a los míos, a mamá y a mis hermanas Delia y Rosaura, y a papá en el Cementerio del Sur. No fue un viaje sorpresa, tal vez con el tiempo me he vuelto obsesivamente planificado, programo cada itinerario, con lo que pretendo decir que detesto los imprevistos. Por eso ellas, mamá y mis hermanas, estaban al tanto de mi visita, había coordinado todo con Delia, que aún no se había casado y seguía viviendo con mamá en el apartamento de siempre. Llegué en la mañana y cansado a Caracas. Tomé un taxi, que rápidamente y por una suma muy alta me llevó a los apartamentos de mi infancia. Noté con nostalgia que algunas cosas que aún podía recordar muy bien ya no estaban, como el antiguo local donde vendían dulces y bebidas gaseosas, una bodeguita que olía a confituras y a tabaco, y que ahora funcionaba como punto de recargas electrónicas; o como la vieja escuela, convertida en un centro policial. Los bloques residenciales parecían recién pintados de verde y azul, nada que ver con el color claro de antes, y la cancha de básquet, la misma cancha en el mismo lugar, tenía una maltrecha cerca de alfajol. Llegué al edificio 4B, del que todavía guardaba muchos recuerdos, sobre todo de mi adolescencia, y subí las dos escaleras con mi

morral para llegar al segundo piso y al apartamento B-17, pensando en la cara de mamá. Toqué el timbre y abrió una señora con una bolsa de plástico que le cubría el cabello, tendría unos sesenta años y parecía un poco cegata. Le di los buenos días y pregunté por mamá, tuve que repetir el nombre porque ella no entendía o no había escuchado bien. No, aquí no es, fue lo que dijo. Volví a mirar la plaquita con el número, B-17. Disculpe, señora, es aquí, no tengo ninguna duda, respondí sin verla, más bien mirando hacia atrás y echando un vistazo al conjunto residencial, por un momento pensé que me había equivocado de sitio, pero la autopista colindante estaba allí, con su pasarela peatonal, una visión extraña que me daba la seguridad de estar en el lugar exacto y a la vez comenzaba a atemorizarme.

Ella siguió parada allí, resguardada detrás del protector de hierro como lo haría cualquier mortal dentro de su vivienda, pero era ella quien había violentado la nuestra, la de mi madre y mis hermanas, la mía también. Tardé unos instantes en salir del asombro, en tratar de reconocer repetitivamente mi ubicación, como un ajedrecista que no se decide a tocar la pieza porque quiere estar seguro y mira una y otra vez el tablero, así que fueron unos segundos de total incertidumbre, hasta que volví a insistir, agarrándome esta vez con fuerza a los barrotes. Disculpe, señora, no estoy equivocado, no soy un ladrón, mi nombre es Máximo Freitas y vine de Australia a ver a mi familia, aquí vive, aquí viví yo casi veinte años. Me estaba inquietando mucho y de pronto lo capté todo, yo siempre tan lento para los juegos, se trataría de una broma de Delia, cómo no la había pensado antes, cómo caí tan tontamente, en cualquier momento mi hermana iba a asomar su cabeza detrás de la señora,

mamá estaría nerviosa, angustiada por mí, cómo le vas a hacer eso a Máximo, se va a asustar, incluso me reí, Delia me la había jugado otra vez, como siempre. Pero pasaban los segundos y nada de eso sucedía. Saqué el teléfono y lo encendí, todavía me quedaban unas barritas de batería, llamaría a mi hermana y listo. No sé si fue por compasión o por el sádico encanto del chisme, pero la vieja no se movía de su sitio. «No tengo señal», dije en voz alta para mí, aunque la mujer se lo tomó para ella. «Tengo que quitarme este tinte o se me va a caer el pelo», dijo, pero no la vi hacer ningún movimiento para cerrar la puerta. Entonces apareció detrás de ella una cabeza que no era la de mi hermana ni la de mi madre, sino la de un hombre gordo, tal vez su hijo o sobrino, preguntando qué era lo que sucedía. Ambos, la vieja y yo, nos apuramos en hablar. «Nada, este señor se equivocó de dirección», se adelantó ella. La presencia ahora del gordo echaba por tierra lo de Delia y sus bromas pesadas, así que traté de explicarle a él lo que ni yo mismo podía entender.

Hubo una conversación sin sobresaltos ni subidas de tono, pero los vecinos debieron escucharla porque comenzaron a asomarse a sus puertas. Dos personas salieron al pasillo y se fueron aproximando: un hombre mayor, que lo hizo decididamente, y una muchacha que daba pasitos cautelosos. El hombre preguntó si todo estaba bien y esta vez fui el primero en hablar. Le expliqué mi situación en medio de las interrupciones de la señora y del gordo, que seguían resguardados detrás de la reja. Se veía que el hombre tenía un temperamento flemático, como el de los mediadores políticos. Explicó que tenía muchos años residenciado en los apartamentos y que en el B-17 solo vivían la señora y su hijo. Volví a comprobar la señal en mi teléfono, que no aparecía.

Traté de calmarme, insistí en que ahí vivían mamá y mi hermana, que yo mismo lo había hecho de niño, y me puse a describir el apartamento, la cantidad de cuartos y todo lo demás, una total estupidez, seguramente en tanto tiempo mamá habría mandado a remodelar y retocar algunas cosas. No sé cuántos minutos pasaron hasta que otros vecinos comenzaron a salir. Pensé que habría alguien, algún conocido de mi adolescencia que me reconocería, que finalmente me abrazaría, eres tú, Máximo, como un Rip Van Winkle de carne y hueso.

Nadie apareció. Llamar a la policía habría sido un monumental error, dada mi situación de casi extranjero en mi propio país. Fui a los apartamentos de mis amigos, pero nadie sabía nada de ellos. Ya era tarde, el hambre y el sueño me estaban matando, también la turbación. Caminé hasta la entrada y pregunté de nuevo si estaba en las residencias Girardot, alguien me dijo que sí y señaló el viejo aviso de bienvenida, las letras estaban retocadas, pero era el mismo letrero de hierro.

Esa noche me quedé en un hotel, y durante los días siguientes no tuve conexión en mi móvil ni pude conectarme a mis redes sociales. Pensé en mamá, en Delia y en Rosaura, dónde estarían, a qué lugar se habrían mudado y por qué nunca me lo dijeron.

Y eso fue todo, así terminó mi intento de volver a ver a los míos. Ya de regreso, desde la ventanilla del avión, vi desdibujarse las playas de la Guaira en el mar Caribe. Fue entonces cuando entendí que apenas me quedaría con los recuerdos. Fue también cuando, ya en otro espacio aéreo, volvió la señal a mi teléfono.

El hombre sin olfato

Una mañana de marzo de 1989, en plena crisis política por los sucesos del Caracazo, Faustino Rugeles descubrió que había perdido completamente el olfato, desde el mismo momento en que los huevos revueltos no tuvieron ninguna gracia y el aroma del café no aparecía por ninguna parte. Pensó que sería por la fuerte gripe que había tenido los días previos, nada del otro mundo, una vulgar congestión nasal acompañada de tos y estornudos ocasionales. Se estaba preparando para ir a trabajar y notó que el jabón no tenía olor, tampoco la crema de afeitar mentolada ni el perfume con esencia de tabaco. No le dio mayor importancia, hizo memoria y recordó que ya había tenido alguna infección viral y los síntomas incluían la pérdida temporal de ese sentido.

Aquel fue un día muy agitado en la oficina bancaria, algunos trabajadores se habían apostado en la puerta de la gerencia para reclamar un aumento salarial, había un ambiente de tensión y encima de todo estaban los clientes, personas que solamente querían sacar plata o abrir una cuenta, no les importaba cuánto ganaban los empleados. Faustino comenzó a estresarse, laboraba en una de las cajas y ante él había una larga fila de usuarios nerviosos. Este tipo de situaciones le generaba ansiedad. Después del desabrido almuerzo de albóndigas y papas salteadas salió a fumar, pero tampoco pudo degustar el humo del cigarrillo.

Es sabido que la ausencia de la capacidad olfativa no es una preocupación mayor, no es como perder la vista; si alguien de pronto dejara de ver, lo más seguro es

que comience a dar gritos de auxilio, le pediría ayuda a cualquier persona, la más cercana en ese momento, sin importarle un carajo si la conoce o no, y luego iría corriendo —lo llevarían corriendo, más bien— al oftalmólogo. No sucede lo mismo si repentinamente dejamos de notar el perfume de una mujer, digamos alguien que rutinariamente comparte nuestras vidas, la esposa o la muchacha del abasto —no la del abasto chino, las chinas de allí no huelen a nada— donde a diario hacemos alguna compra. No salimos desesperados a buscar explicaciones si ocurre algo como eso. Y Faustino tenía preocupaciones más inmediatas, inquietudes de índole económica, como la gran mayoría de los venezolanos. Por eso, aquellos primeros días se tomó aquel asunto como lo que aparentemente era, algo temporal.

Pero transcurrían los meses. Cada mañana se levantaba con la esperanza de recuperar el olor, enterraba la nariz en el pote de mantequilla o de cloro, probó en vano con ramas de cilantro, ajo machacado, cáscaras de limón y pulpa de guayaba. Una tarde en la oficina, cuando contaba una faja y por más que quiso no pudo percibir el olor de los billetes nuevos, notó que una señora lo miraba con cierta repulsión, ¿habría hecho algo irrespetuoso?, ¿lo habría confundido con otra persona, como pasa tantas veces con los cajeros de los bancos, o simplemente esa era la cara normal de aquella mujer? Pero luego pasó lo mismo con las otras personas de la fila que llegaban a la taquilla. ¿Qué mierda le pasaba a la gente? Fue cuando pensó por primera vez en el mal olor corporal, podía andar por allí tranquilamente oliendo a mortecina sin darse cuenta; no era falta de aseo, Faustino no salía de la casa sin bañarse, siempre se embadurnaba las axilas con su Rexona *for men* de bolita, ese que en

teoría nunca nos abandona, pero el calor era aberrante y tal vez el producto no estaba diseñado para este clima. Fue solo entonces, unos tres meses después de que todo empezara, que decidió ir al otorrino.

El médico le hizo algunas preguntas sobre su vida personal. Era un hombre meticulado, Faustino tuvo que hacer un esfuerzo para recordar ciertas cosas, antecedentes familiares de los que no guardaba mucha información, había un tío que no podía oler nada, pero no estaba seguro, no sabía bien si fue un padecimiento de por vida. Unos días después y luego de varios estudios, el especialista le dio la mala noticia de que su pérdida del olfato podía ser permanente. No resultó lo que él había pensado; era muy distinto cuando imaginaba que sería algo temporal, no es lo mismo sufrir alguna dolencia o afección transitoria, se puede hasta joder con eso, qué bien, estos días voy a probar cómo se siente no oler nada, es como la ficción de morirse por un rato y luego regresar muerto de risa y echar el cuento. Pero ahora tendría que vivir con aquello, la vida iba a ser problemática, tendría que bañarse permanentemente, andar con cuidado por el mundo, hasta el sexo sería una cuestión maltrecha si no podía sentir la mezcla de fragancias en un cuerpo desnudo. Tendría que vivir una vida desaliñada, incompleta, sin disfrutar nunca más del olor del asfalto cuando se calienta, ese olor que lo transportaba a su infancia, dejaría de conectarse con sus recuerdos a través del aroma del pescado frito o los plátanos horneados, y poco a poco comenzaría a olvidar cómo eran los olores, no podría reproducirlos imaginariamente porque no habría nada con qué compararlos. También estarían los olores nuevos, los desconocidos, el perfume de moda, lo último asequible de Calvin Klein, ¿cómo iba a comprar

un perfume sin probarlo primero?, ¿le pediría a la vendedora que se lo describiera?

Esa noche, el Faustino que llegó al apartamento era otro, la vida le había cambiado. Después de darse un baño y encender la televisión, se dirigió a la cocina sin hambre, sin apetito, solo quería pararse frente al ventanal y fumar un rato con la escuálida brisa de la noche, pero justo en el momento en que iba raspar el fósforo para encender el cigarrillo, imaginó que una corriente fluía en ese mismo momento y se acumulaba en las cuatro paredes, un gas tan invisible como intocable, un gas que ya más nunca podría oler, y con el cigarrillo temblando en los espasmódicos labios y el terror por lo que pudo haber sucedido, por una vida así, a la deriva en su macrouniverso inodoro, devolvió la cerilla inmaculada a la caja.

Ostras gratinadas

Esa tarde no me tocaba trabajar, pero una de mis compañeras tuvo que hacer unas vueltas personales y me pidió que la cubriera.

—Solo esta vez, Ástrid, luego yo te cubro —me dijo.

La tragedia y la fortuna también se cruzan con frecuencia cuando alguien ocupa el lugar de otro. Pasa mucho con los vuelos que terminan en catástrofes, la azafata que se embarca en un itinerario que no era el suyo, ese día estaría descansando y de pronto tiene que ponerse el uniforme porque la otra se indispuso, y luego en las redes comienzan a circular todo tipo de reseñas, por lo general, hablando de la viva, de la que no se montó en el avión por una gastritis o una intoxicación con mariscos, con encabezados que nadie puede dejar de leer, salvada por un plato de langostinos o de ostras en mal estado y la foto del restaurante donde se los sirvieron.

En la vida de los camareros sucede a menudo que hacer el quite puede dejarte una buena propina, una que no era para ti sino para el ausente. Pero también en ese cambio de roles, que para los dueños del negocio es como reemplazar un bombillo o una batería, puede ocurrir algo parecido a un mal rato. Me pasó esa vez, cuando cubrí a mi compañera. No había muchos clientes, trabajaba en un lugar con cierto lujo, donde un servicio costaba la mitad de un ojo, un sitio exclusivo. Aquella era una pareja difícil de definir, si es que pueden caracterizarse las relaciones con exactitud. La mujer tendría unos cuarenta años y todavía conservaba la belleza que alguna vez sería

notoria, no pomposa, más bien delicada y en cierta forma cándida. El hombre era mayor, y aunque parecía cercano a los sesenta, era robusto, de facciones duras, no bello, aunque era evidente que no necesitaba serlo, todo su encanto provenía de su elegancia, de su forma de manejarse muy bien en el traje ajustado y de su aire de seguridad condensado en las canas alisadas con gomina. Pregunté si iban a querer algún aperitivo antes de pedir la carta, dirigiendo la mirada a ella, es decir, hablándole a ella, es algo que siempre hago cuando se trata de parejas, porque el hombre es quien invita y la mujer quien dispone, así debe ser, no me parece correcto que el hombre tenga tanta autoridad contenida en una billetera, es una cuestión de solidaridad entre nosotras. Pero fue él quien respondió rápidamente, casi no dejó que terminara mi pregunta, como si me obligara a mirarlo a él, y ese fue el primer encontronazo que tuve con la atención de aquella mesa.

—Para mí un manhattan. A mi esposa le trae una limonada, si es tan amable —dijo él.

66 Miré a la mujer durante unos muy breves segundos, esperando que con su silencio confirmara la bebida, pero ella había volteado el rostro hacia el ventanal que daba a la avenida. A los pocos minutos, cuando volvía con el pedido, vi que él revisaba el móvil y ella seguía mirando el tránsito. Coloqué ambas copas en la mesa y pregunté si les llevaba la carta, esta vez a él, que después de mirar mi blusa buscando alguna placa o bordado con mi nombre, dijo:

—Todavía es muy temprano. ¿Cómo te llamas?

Es muy común, más de lo que se cree, que a una le pregunten el nombre cuando está de servicio, también es algo visto con normalidad, aunque lo correcto es que

se guarde una distancia entre el cliente y el empleado, de modo que no deja de ser una situación incómoda, quien pregunta puede querer tener intenciones de socializar o de agradar, la cuestión es saber por qué, eso es lo que no se sabe y lo que genera la contrariedad. Y aquel hombre, que mostraba una petulancia muy almibarada, no era precisamente de esos clientes a los que una está dispuesta a decirles su nombre, pero mis jefes no me habrían perdonado una descortesía semejante y asumí que era mejor así, porque en cierto modo ya me estaba avisando, ya me ponía en guardia.

—Ástrid —le dije.

—Ástrid —repitió él—, como la fotógrafa. Me gusta ese nombre, tiene una sonoridad fuerte, como algo que cae, como un latigazo. ¿Sabes que muchas Ástrid lo escriben sin la tilde y aun así pretenden que uno lo pronuncie como si la llevara?, ¿sabías eso? Lo sé porque me pasó una vez con una veterinaria a quien le llevé mi gata para una esterilización, en todos sus anuncios, en sus redes sociales y hasta en la puerta del consultorio escribía Astrid, y la primera vez que la vi la llamé justamente así, Astrid, acentuando al final, y ella me corrigió inmediatamente y con cierta molestia, pero no le respondí, no me puse a explicarle que debía llevar tilde y dónde, la dejé que se quedara con su nombre mal escrito. Pero me gusta Ástrid más que Astrid.

—Es un nombre anglosajón, por eso no lleva la tilde, sería como ponérsela a Margaret o a Edgar —le respondí.

—No todos lo saben, linda, por eso creo en la castellanización de los nombres, pero me gusta que además de camarera seas una chica culta —dijo él.

—Bueno, los nombres son los nombres, ¿no cree usted? —le dije.

—Sí, pero hay una especie de preferencia por los nombres anglosajones, lo cual no pasa con, por ejemplo, los rusos, en los que las tildes se aceptan para saber cómo se pronuncian —respondió él.

—No lo sabía —dije.

La mujer hacía rato que había vuelto de su contemplación de la calle. Parecía querer aparentar que estaba atenta a aquella pequeña conversación, aunque no emitía una sola palabra. Sus ojos eran dos lagunas de desconsuelo. En algún momento pensé que estaba sedada.

—Bueno, linda, ¿qué nos ofreces? —preguntó él—. No estamos muy hambrientos, de hecho con una entrada podríamos sobrevivir.

Realmente era un tipo agradable, de buena labia, no de esos que hablan mucho solo para cagarla mientras más dicen, que no saben cuándo parar y se vuelven una ladilla. Pero había algo más allá de su elocuencia que no me gustaba.

—¿Quiere que le traiga la carta? Tal vez cambie de opinión o tal vez la señora sí desee un plato fuerte —me atreví a decir para ver la reacción de ella, para escuchar su voz.

—¿Tienes alguna sugerencia? —respondió él.

68

No parecía necesario ese empecinamiento suyo por adelantarse a responder, como si ella en algún momento hubiera tenido la intención de hacerlo, cosa que nunca llegué a percibir en lo más mínimo, era tal su grado de pasividad. Sin embargo, él no dejaba de estar un paso adelante.

—Puedo recomendarles las ostras gratinadas, son famosas aquí —dije.

—Generoso —respondió él—. ¿Con qué se puede acompañar eso? ¿Tal vez unas tostadas?

—Por supuesto, les recomiendo las tostadas con crema de aceitunas —dije.

—¿Te parece bien?

Por primera y única vez le dirigió la palabra a la mujer, al menos estando yo presente. Tal vez se dio cuenta de mis breves miradas a ella y simplemente lo hizo para no despertar sospechas innecesarias.

—Sí —respondió ella.

Su voz salió muy débil, atragantada en una mucosidad que trató de aclarar disimuladamente, y ese monosílabo fue lo único que le escuché decir.

—Entonces, ya lo ordeno —dije.

—Está bien, Ástrid, no te apures, no quiero que esas bonitas piernas se cansen por culpa nuestra —dijo él.

En ese punto entendí que ya estaba bien de parloteo, decidí no enredarme más en sus ostentaciones de sabelotodo y me concentré en servirles. Me di la vuelta para pedir la orden y sentí que me repasaba con la vista. Muy a propósito me estiré la falda con fuerza mientras me alejaba, aunque no era una falda llamativamente corta. En la cocina le comenté a una de mis compañeras lo extraña que era esa pareja, que no me sentía bien atendiéndolos. Ella se asomó a verlos.

—No te preocupes, relájate, no les pongas atención —dijo.

69

En ese momento él estaba revisando su móvil. La mujer, en cambio, no tenía o no llevaba uno.

Deseé que las ostras tardaran una eternidad, así podría pasar un buen rato sin tener que regresar a la mesa, pero luego pensé que era un mal deseo, en realidad lo mejor era que todo pasara rápido y que se fueran. De lejos vi que el vaso de él estaba vacío y el de ella casi intacto, eso significaba que debía ir a preguntarle si le llevaba

otro coctel antes de que alzara la vista y empezara a buscarme o a llamarme, lo que no es bien visto en ese tipo de restaurantes. Volví a la mesa.

—¿Desea otro manhattan? —pregunté.

—Sí, Ástrid, lo deseo —respondió él—. Pero también deseo otras cosas. Te habrás dado cuenta de que ella no ha tocado prácticamente su bebida. ¿Ves? ¿Qué te dice eso?

La pregunta me sorprendió.

—¿No le ha gustado? Se la cambio de inmediato —le pregunté directamente a ella.

—No es eso, linda —respondió él—. Es que ella no se encuentra bien, está algo intranquila.

—Disculpe, no le entiendo —dije.

—Por favor, ve por ese trago y te explico.

Cuando volví con la orden, la mujer había cambiado de semblante.

—Bueno, ya pasó —dijo él—. Ya está mejor. Ha tenido un día de malas noticias. Es todo. Solo quería que lo supieras para que no te sintieras mal.

—No se preocupe, estoy aquí para atenderlos bien —dije.

—Eres muy servicial —dijo él—. Deberías estar trabajando en otra cosa, me doy cuenta de que eres una chica inteligente y sé que hay un gran talento debajo de ese uniforme. ¿No lo has pensado? ¿No has querido dejar esto y dedicarte a algo mejor? ¿O eres de las que se conforman?

Tardé en responder. Él parecía mirarlo todo desde una tácita jactancia de superioridad. Pero en ese instante vi que ella se llevaba con vacilación la copa a los labios y pude notar un ligero temblor (en la limonada ya sin hiel) que trataba de dominar a duras penas, y tuve un arrebató de furia que debió reflejarse escandalosamente

en toda mi cara y que sentí como un brochazo de calor.

—Me gusta mi trabajo —respondí—. No sé cuánto tiempo estaré aquí, pero mientras lo haga créame que lo disfrutaré.

—Bueno, te sonrojaste —dijo él—, no lo dije para ofender, es solo que me gusta orientar a los jóvenes, ya uno ha vivido bastante.

—No se preocupe, es bueno saberlo —dije.

—Pero yo puedo ayudarte a salir de ese ostracismo —dijo.

—¿Ostracismo? —dije, dejando escapar una mueca punzante.

Él se rio, pero malamente, como si no hubiera estado preparado para elaborar una risa.

—Quiero decir como una ostra, atrapada eternamente en su concha —dijo.

—Pero claro que no estoy atrapada, estoy aquí porque quiero.

—Por necesidad, linda, solo por necesidad. Es también una forma de estar atrapada.

—Atrapada en la ostra...

—Sí, en la ostra. En este caso, en tu empleo —dijo.

Volví a mirarla a ella. De nuevo tenía aquella expresión de ausencia que en realidad era una inexpressividad total.

—No lo había pensado así... —dije—. Quiere decir entonces que el mundo también es como una gran ostra y de alguna manera todos vivimos atrapados.

—No lo creo, linda —respondió él—. No funciona tan lógicamente. No es el espacio físico lo que determina la prisión, sino el contexto. ¿Estás atrapada si puedes viajar a todas partes y conocer el mundo?

En ese momento me avisaron que el pedido de la mesa estaba listo. Tuve un breve encontronazo con el *maître*

de sala, a quien le pareció que mi charla con el cliente fue inapropiadamente extensa. En ningún momento me preguntó si me vi obligada a hacerlo o si era el cliente quien quería sostener la conversación. Por esa falta me ordenaron cambiar de mesa. Pero ya mi dignidad y mi juicio habían sido atacados, y cuando salieron las ostras gratinadas yo misma las llevé, ante la mirada asombrada de mi supervisor.

—Su pedido —dije al llegar a la mesa.

—Gracias, linda —dijo él.

En la cocina volví a recibir una enjabonada del *maître*. Desde allí los vi comer. Él parecía más hambriento que ella, por la forma en que devoraba todo y lo pasaba con el coctel. Le comenté a mi compañera que había algo muy sombrío en ellos, sobre todo en él. Nunca se movieron de la mesa, ella no se levantó para ir al baño, como hacemos todas las mujeres, ni una sola vez.

—No digas nada, no vayas a hacer un rollo o te quedas sin empleo —dijo mi compañera.

Cuando fui a retirar los platos, él continuó la conversación.

—¿Entonces? No has contestado —dijo.

—Disculpe, debo trabajar —respondí.

72

Vi que ella estaba más nerviosa. Pero era un nerviosismo hermético, inescrutable. Él no parecía darse cuenta o ya estaba acostumbrado, simplemente no le importaba y no le prestó atención; por eso tuvo un descuido, un momento en que se relajó demasiado revisando su móvil, justamente cuando me incliné y estiré el brazo para retirar el plato de la mujer y ella tocó mi muñeca con algo, un bulto que envolví apresuradamente con la mano y guardé en el bolsillo delantero de mi delantal con mucho miedo, un miedo

anómalo que me causó náuseas y aflojó mis pasos de vuelta a la cocina. Fue así, así ocurrió todo exactamente. Tardé en ver qué era aquel paquetico, todavía tenía que ir a llevar la cuenta.

Aquella mujer nunca tuvo un teléfono móvil o un miserable bolígrafo. Eso lo supe después, cuando los detalles del secuestro se hicieron públicos, los pormenores, el agravamiento por la relación conyugal. Pero ella había conseguido la forma de decírmelo, el simbolismo que unos momentos antes él mismo había creado, y no lo pensé un solo instante para hacer la denuncia. Porque cuando vi que estaban por marcharse saqué el pequeño bulto del delantal y deshice el envoltorio, la grasienta servilleta, y en mi mano quedó, impoluta y acusadora, la ostra que ella había escondido para mí.

Duermevela

Cuando llegué a San Rafael, mamá tenía una expresión extraña, como si hubiese visto un ánima. «Venir de tan lejos hasta el fin del mundo», dijo. Me sirvió avena y pan aliñado, y comentó que el señor Forbes me había nombrado antes de morir. Fue algo que nunca me esperé, después de casi siete años sin ir al pueblo; al notar mi sorpresa, mamá trató de reconstruir detalladamente cada palabra del señor Forbes, pero al final no estaba segura y solo repitió que me había nombrado. Al terminar la cena le di un beso y salí a buscar algún transporte para ir hasta el lugar del funeral, a unos cinco kilómetros del pueblo.

74 Era la noche más fría del páramo, en plenas fiestas de San Rafael, y la lentitud de la única buseta que conseguí me permitió detallar las calles, sobre todo los rostros de algunos conocidos que no sabían, sin embargo, que yo los miraba desde la ventanilla. Y uno de aquellos rostros era el de ella, Elvira, vistiendo de negro cerrado, caminando seguramente hacia el velorio. Saqué la cabeza y agité mi mano para saludarla, pero tal vez no me reconoció o, al igual que ocurrió con mamá, le parecí un fantasma. Había mucha gente en las calles estrechas y el transporte debía detenerse a cada instante. Los pocos pasajeros que iban, finalmente, se bajaron al llegar a la plaza y me quedé solo en los puestos finales. El conductor me observó por el retrovisor y preguntó si iba a seguir. Le dije: «Sí», y en ese instante ella subió por la puerta de atrás, pasó sin verme y se sentó dos filas delante de mí.

Me pareció que esa visión de ella de espaldas a mí era como una secuencia de fotogramas viejos, y que seguía siendo tan inusualmente bella como antes. Pudimos terminar haciendo una vida juntos, pero nuestros pasos se bifurcaron en alguna parte. Ahora me daba la sensación de que todo se parecía a lo que fue alguna vez, y quizá por eso me atreví a sentarme a su lado. En el extenso abrazo percibí su olor mentolado y su maravillosa delgadez.

—Como si fuera ayer, ¿no? —dijo.

—Siento mucho lo de tu tío —le dije.

—Sí. ¿Sabes que hace poco habló de ti?

—Creo que mamá lo mencionó.

—¿Te vas a quedar unos días?

—No lo sé, debo volver pronto.

—Tu esposa...

La unidad subió por una de las calles empedradas y pude ver el almacén árabe, en la esquina de la plaza, con el mismo anuncio en letras verdes.

—No, más bien cosas de trabajo —le dije.

Luego nos fuimos juntando y ella terminó apoyando su cabeza en mi hombro.

—¿Y tú? ¿Te casaste?

Ella tomó mi mano y la puso en su frente.

—Tengo fiebre —dijo, con una sonrisa infantil.

Después casi no hablamos, pero no hizo falta, me sentí tan bien que me dejé llevar por ese silencio. Cuando llegamos a la parada final, me pidió que la dejara ir primero, no quería que nos vieran juntos.

—Cuenta hasta veinte —dijo.

Después de contar, bajé y pude ver desde allí la puerta de la casa, y al fondo la gente sentada cerca del féretro. Entré pensando que no quería ver al señor Forbes

muerto. Llegué como un extraño, nadie se acercó a saludarme y no pude recordar ningún rostro. Me quedé de pie en un rincón, hasta que una señora me reconoció y preguntó por mamá. Le dije que no se sentía bien y tuvo que quedarse.

—Debes verlo. Hace unos días habló de ti —dijo ella, repitiendo aquella frase que ya sonaba tan extraña.

El señor Forbes tenía los ojos semiabiertos y le habían colocado una camisa azul con corbata. Solo estuve frente a él unos segundos y me dieron ganas de fumar. Todos me comentaban lo mismo, que me había mencionado antes de morir, pero nunca supe qué fue lo que dijo.

—¿Dónde puedo fumar? —pregunté a la señora.

Ella me tomó del brazo y me acompañó hasta el patio. Allí le pregunté por Elvira, dónde estaba.

—¿Elvira? —preguntó ella.

Pero Elvira no estaba, no podía estar, hacía ya un año que había muerto. Una meningitis propició el delirio, la duermeverla constante, y recordé las primeras palabras de mamá, venir de tan lejos hasta el fin del mundo.

Somnolencia

Para Iskra, la que sueña.

Tú sabes que sé cuando es un sueño.

JOHN LENNON

Dolores me envió su último sueño en un archivo de audio, la tarde antes del accidente.

«Lo vi tan claro», escribió en el chat. Ella siempre veía todo con claridad mientras soñaba. Había tenido una contemplación de ella misma al volante de su carro, con detalles que me parecieron prodigiosos. Yo nunca he podido soñar así, se lo comenté de nuevo en esa ocasión, aquel jueves absurdo, cuando ocurrió lo que todos sabemos.

«Yo conducía por la noche. Tenía muchas ganas de un helado, un buen helado de chocolate, y las heladerías por donde pasaba estaban cerradas, inexplicablemente. Me detuve en un cruce, en un semáforo. Las calles estaban desiertas. Era la misma ciudad, pero en una versión distópica. Lloviznaba, y podía oler la lluvia en el sueño. Lo inhóspito me produjo miedo, y de pronto las cosas me resultaron desconocidas, la esquina, las aceras y los avisos de las tiendas y negocios. Era como si los anuncios y los edificios y los árboles fueran otros en el lugar de siempre. Había un silencio de fantasmas. Podía escuchar el viento y las diminutas gotas golpeando el parabrisas. Estaba allí, detenida en el vehículo, el motor encendido, las manos en el volante. Recuerdo que encendí el reproductor y estaba sonando *Strawberry fields forever*, pero era una versión acústica y me pareció que la voz no era la de Lennon, era más bien como un *cover*. Llevaba las ventanillas abajo y pude sentir la densa neblina que

había, y cómo penetraba en mis ojos y los iba cargando. Comencé a ver luces, luces de colores con los ojos cerrados, como en la canción, *living is easy with eyes closed*. Una luz azul, primero. Luego aparecieron otras, rojas, violetas y amarillas. Se movían desordenadamente, como pequeños platillos voladores. Seguía escuchando la música, *but you know I know when it's a dream*, ahora sí era Lennon y hasta podía escuchar nítidamente el sonido del melotrón. Las luces seguían titilando y la canción se quebró por una voz chillona que apareció de pronto; me gritaba, me decía que me moviera, que no me dejara alcanzar por las luces. Pero no podía moverme, estaba paralizada o suspendida y la voz seguía allí, el grito. Entonces escuché un sonido prolongado que se aproximaba y se hacía cada vez más estruendoso, hasta que finalmente me sacudió el bocinazo de una gandola, tan cerca que era inevitable la colisión, pero las luces no dejaban de rodearme y no entré en pánico, permanecí tranquila incluso cuando ya sentía el impacto».

Después de contarme su sueño, Dolores durmió un rato más aquella tarde. Volvió a escribirme en la noche, cuando despertó con un incontrolable deseo de comer helado.

Inteligencia

Mi última víctima fue una estudiante de diseño gráfico. No significa que tuviera predilección por las estudiantes. La inteligencia no tiene nada que ver con eso, las mentes brillantes pueden estar en cualquier persona, en una peluquera a domicilio o en una madre soltera a tiempo completo. El problema de no desarrollar el intelecto es complejo, todo está sujeto a las posibles oportunidades en esta despiadada lotería que es la sociedad. Marx seguramente estaría de acuerdo conmigo.

Pero no fue planeado, quiero decir que no la elegí anticipadamente para procurar el encuentro, como tampoco lo hice con las otras, aunque no significa que las cosas se daban solas por el azar, por esa mierda que llaman el destino. No es verdad toda esa especulación detectivesca sobre la elección a ciegas, una conclusión poco profesional que me mantuvo siempre un paso adelante. Habría bastado un mínimo de perspicacia y agudeza para elaborar mi perfil de forma correcta. Lo lamento por aquellos detenidos injustamente.

Nos conocimos en la víspera de Navidad. No era distinta a las anteriores, no tenía nada de especial. Simplemente me sedujo su inteligencia, como sucedió con las otras. Tendría unos veintitrés años, nunca preguntaba la edad, las relaciones eran tan breves que no daba tiempo para esos detalles sin importancia. Hablamos de temas diversos, pero nos detuvimos mucho tiempo en una discusión amigable sobre la temporalidad de Kierkegaard. Nunca llegamos a coincidir, pero sus argumentos eran vigorosos, lógicos, ecuanímenes. Quién

iba a decir que detrás de aquella fragilidad se escondía tanta fuerza intelectual.

Así que volví a hacerlo. Quise que fuera muy rápido, como ella lo merecía. Una noche dormimos juntos y por la mañana, después de desayunar cereal con pasas, abrí su cráneo con la serenidad de una mantis religiosa. Parece mentira: fue después de todo aquel meticuloso proceso que su rostro me pareció hermosamente níveo y delicado. Y volví a equivocarme, no encontré en su lóbulo frontal el anhelado hueso de la sabiduría.

Pero todo acabó. Hoy finalmente encontré la respuesta. Pido perdón por ellas, mariposas sacrificadas en vano. Todo ha terminado. Allí, sobre la silla, me espera la serena soga. Que se sepa, que quede testimonio de que todo lo hice pensando en la eterna fuente del conocimiento. Algunos dirán que un disparo en la sien habría sido más rápido, sin tanta agonía. Lo sé, no subestimen mi inteligencia. Pero no quiero que un vulgar plumazo malogre lo que tanto he buscado.

La vana oscuridad de tu nombre

Lo único incierto en ella fue su nombre, un nombre que pronunció una sola vez bajo la estampida de voces y la estridencia de los bajos, y que creí descifrar más bien por la lectura de sus labios. Dos días después, la prensa reseñaba su nombre bajo una fotografía en vida. Era una foto tipo carnet nada reciente y borrosa, la muchacha que allí miraba extraviada al frente era muy joven, casi una niña, no la habría reconocido de no ser por el titular y la narración de los hechos, el hotel Bristol y los detalles amarillistas, la forma en que fue descubierto el cadáver, tal como lo dejé en el desarreglo del pequeño cuarto y la cama deshecha, pues no hubo tiempo ni valor para acomodarla un poco, subir de nuevo el cierre de su pantalón, arroparla o cubrirla con una sábana y dejar cierto orden, como debí hacerlo, como merecía ser eternizada cuando sobre ella sonaran los obturadores.

Debí marcharme tan pronto las cosas se pusieron mal, pero no era algo que pudiera haber decidido con rapidez y exactitud, porque en cierta forma ella me predispuso con su frescura, «tú no te ríes, tú no pareces vivo», me dijo cuando alguien nos presentó en la semipenumbra de la taberna y con la audacia de sus veinte años tomó mi vaso (que yo tardé en soltar por torpeza) y probó el vodka pasmado en jugo de naranja, «qué bebes», preguntó, aunque no era una pregunta sino una forma de burlarse de mi trago, como si hubiera querido decir «esto es para niñitos». Pero ese primer momento quedó flotando allí, inasible, y me dio el arrojo necesario para llevarla al epicentro del baile, y en la turbulencia de las

luzes contemplé su rostro, un rostro revelador (no bello) que se aproximaba tanto al mío que ya iba logrando percibir la textura y el calor de su transpiración, hasta que sobrevino el extenso beso de nicotina y alcohol, tan largo que terminé pidiendo tregua en una batalla que ya estaba perdida y que después de unas horas debí dar por terminada. Empezó a sentirse mal, había bebido demasiado y sus amigas ya se iban, pero ella no quería marcharse. «Yo no me voy», repetía, y hubo una fuerte discusión entre mujeres porque sus amigas no querían dejarla (esa fuerte solidaridad de las mujeres entre sí). «Tú me llevas», me dijo, apoyándose en mi hombro. «Yo la llevo», les dije.

Nos fuimos al hotel Bristol, no quiso que la llevara a su casa. Allí empeoró todo, se puso muy mal y se fue en vómito. Me pidió que le aflojara el pantalón y la dejara un rato en reposo, y estando en eso pude ver su prenda íntima y parte del monte pubiano, ya para el momento en que ella realmente se había relajado. «No te vayas», me decía una y otra vez, con los labios opacos y quizá muy fríos, los labios que antes había sentido tan vigorosos, tan cálidos, que ahora estarían gélidos y que hubiera podido besar de nuevo, pero no quise molestar su sosiego, su tregua, la suspensión que había asumido en una posición fetal que fue tomando paulatinamente, volteándose con lentitud, así que dejé de ver su rostro, tan oscurecido como su nombre, tan apagado como su respiración, que ya casi no se notaba.

Pedí a recepción que llamaran a emergencias. Y por más que quise relegarlas al vacío, al éter, aquellas primeras palabras insistieron tanto en quedarse: «Tú no te ríes, tú no pareces vivo».

Índice

Noche de ronda	13
Después del vals	20
Perro amor	25
Cuando la vida se nos va	29
Tan puntual como la muerte	36
Los niños sin balón	39
Descanso dominical	43
Miércoles de ceniza	47
La mujer duplicada	51
Melancolía de Isabel	55
Sin señal	57
El hombre sin olfato	61
Ostras gratinadas	65
Duermevela	74
Somnolencia	77
Inteligencia	79
La vana oscuridad de tu nombre	81

Noche de ronda

se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares.

Los cuentos incluidos en este libro sumergen al lector en su peculiar universo narrativo, creando atmósferas cautivadoras donde cada historia tiene una identidad muy bien lograda. El autor logra construir los relatos mostrando su dominio de la técnica narrativa; cada uno posee originalidad y concisión, y maneja el desarrollo de la anécdota para conseguir el impacto estético a través de sus desenlaces dramáticos. Para ello, emplea elementos como el terror, el suspenso o la compasión. En este sentido, podemos apreciar la exploración de situaciones límite de los personajes, narrada con un uso preciso del lenguaje: es una prosa transparente y sin artificios, diestra en la construcción de la trama. Se trata de un resultado creativo que se inserta con solidez en el acervo literario latinoamericano.

EDGAR RUBIO MARCANO (Maracaibo)

Ha publicado *El libro del Augur* (relatos, 1996) y *Alicia y otras cuestiones* (novela corta, 2013). Ganó los concursos literarios de la Universidad de los Andes en 1989 y 1993, y el Premio Nacional Alfredo Armas Alfonzo de Narrativa en 1992. Obtuvo la mención Publicación en 2012 del Premio Nacional de Novela Corta del Fondo Editorial del Caribe.

